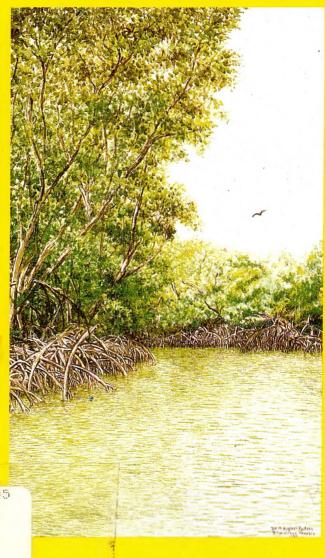
LETRA

 $\mathcal{L}$ 

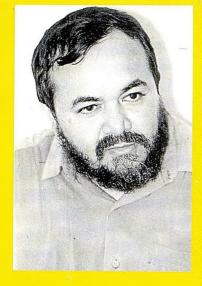
TABASCO

# Historias del Principio



502705

Luis Alonso Fernández Suárez



## Luis Alonso Fernández Suárez

Originario de Tenosique, Tabasco.

Fecha de nacimiento: 27 de abril de 1952.

Es miembro fundador de la Sociedad de Escritores Tabasqueños.

Se inicia en la literatura como tallerista del taller literario de la Casa Museo Carlos Pellicer, coordinado por el escritor Andrés González Pagés.

Pertenece al Club de Ciencias Arturo Rosenblueth, A.C.

Ha participado en los cursos: Creación literaria, impartido por la SOGEM con el apoyo del Instituto de Cultura de Tabasco, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa Cultural de las fronteras, en 1990.

Diplomado en Literatura, impartido por la universidad Juárez Autónoma de Tabasco, con el apoyo de la SOGEM y de la SET en 1997.

Es creador y conductor del Taller literario "Si me han de leer mañana...", que se imparte en el local de la Sociedad de Escritores desde 1995.

Conduce un taller de acercamiento a la lectura en el Programa Cultural Limonada de Niños del ICT.

Ha sido antologado en las tres publicaciones de la SET:

Primero la Voz (narrativa) 1994

Antología de Poesia Contemporanea de Tabasco,

Antología del Taller Literario de la Sociedad de Escritores tabasqueños (narrativa y poesía) 1995.

Escribe cuento, poesía, ensayos y dramaturgia, y si hacer esto fuese un pecado, estaría dispuesto a pagar eternamente por ello.

Arte de Portada: Miguel Angel Gómez Ventura "Un pájaro en el manglar" (fragmento)

# HISTORIAS DEL PRINCIPIO

PQ7292 Fernández Suárez, Luis Alonso (1952, ) .T3

F47 1999 Historias del principio / Luis Alonso Fernández Suárez. Villahermosa, Tab. Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tabasco. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Sociedad de Escritores "Letras y Voces de Tabasco". A.C., 1999. 97 p. -- (LETRA ELE: S)

1.- Literatura mexicana-Tabasco 2.- Cuentos mexicanos-Tabasco, L.-T

M863 / F47 / 1999 Catalogación en publicación: SET

#### Primera edición, 1999

- © Luis Alonso Fernández Suárez
- © Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tabasco Instituto de Cultura de Tabasco. Sánchez Magallanez s/n, Edif. Portal del Agua, Fracc. Portal del Agua, Col. Centro, Villahermosa, Tabasco. C.P. 86000
- © Universidad "Juárez Autónoma de Tabasco Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura, Villahermosa, Tabasco. C.P. 86000
- © Sociedad de Escritores Tabasqueños "Letras y Voces de Tabasco", A. C. Narciso Sáenz # 206 Zona Remodelada, Villahermosa, Tabasco C.P. 86000



Dibujo realizado a lápiz por DIANA JUÁREZ RODRÍGUEZ Alumna del 6to. grado de la escuela primaria Bolivia Maldonado. 11 años.

# HISTORIAS DEL PRINCIPIO

# LUIS ALONSO FERNÁNDEZ

**CUENTOS** 

A luz María Avendaño y Colin White.

## PRÓLOGO

Este libro esta formado por tres capítulos, cada capítulo constituye dibro diferente, tanto por la temática de cada cuento como por el tratamiento de los mismos.

En el primer capítulo (La triste historia de una cuartilla y su destino irredento), los cuentos se enmarcan en una visión amarga y desilusionada de la vida; visión suavizada por el humor que encierra la ironía. Así, en "Pobre Zerb", donde la ley de la vida es confirmada por un repentino chancletazo; en "Cuarto para las ocho", donde los continuos disparos en una biblioteca pública están bien siempre y cuando ocurran alrededor de las ocho de la noche; "La venta", donde se demuestra el verdadero valor de la verdad; "El gigante" y "El duelo", dos recreaciones de mitos eternos: griego uno, hebreo el otro; y la historia que le da nombre al capítulo, donde el autor toca la altura de los clásicos humoristas. Quizá quedan un poco aparte "El jinete", "El iniciado", y "La espuma"; el primero es un texto de corte surrealista donde las imágenes logradas lo acercan al texto poético; el segundo, "El iniciado", es un cuento que nos recuerda las historias de Lopsang Rampa, pero con efecto final totalmente diferente de los buscados por el autor de "El tercer ojo", y que justifica su inclusión en este capítulo. El cuento "La espuma" es el más cruento y el que aborda con mayor seriedad los grandes temas de la literatura: el amor, la muerte, Dios, etc.

El segundo capítulo: "El hombre que no tenía cerebro", está constituido por cuatro cuentos que caben dentro de lo que se llama literatura para niños, que no es precisamente para que la lean los niños –sin que esté penado el que alguno lo haga- sino (como lo demostró el autor de "El principito") para que algunos adultos recuerden como puede verse –cómo se ve- el mundo cuando se es niño. "El enelufante" es un pequeño relato que se deshace en la boca como un mazapán, y en el cual el autor logra la perfección de la síntesis y la lógica del pensamiento infantil. "Un día de clases" es una de esas historias de las que debería ocurrirle una vez en la vida a uno, y que aveces ocurren – aunque no todos se den cuenta- y entonces es cuando se ve la magia que impregna al mundo.

Juan Marinero, la tercera historia de este segundo capítulo es un texto creado a partir de una conocida ronda infantil, y en el que el autor crea tres estrofas más que explican la historia y la estrofa original. Y la última de estas historias: "El hombre que no tenía cerebro", que da nombre al capítulo, muestra una línea dentro de la cuentística latinoamericana, y de la que se aparta por la ausencia del realismo crudo en favor de un suave tono que recuerda las charlas bajo la luz de los quinqués en aquel México provinciano de antaño.

En el capítulo tercero, mismo que da nombre al libro: "Historias del principio", nos encontramos "Los cuentos de la vieja Chila", donde los recuerdos y las suposiciones del personaje se integran en una realidad histórica que a caso sea más consistente que la historia reconocida oficialmente, y en la que se pretende tener todos los hilos del pasado. "El viajero" es otra historia de las que se nos antojan necesarias de ocurrir, y que comparte con la anterior las brumas del recuerdo y el deseo. En "Historias del principio", Luis Alfonso nos

da un texto que –aunque él afirma que es totalmente literario- nos plantea una visión de los mitos fundamentales en que se han expresado los primeros hombres; y aún más extraño resulta el último cuento de este capítulo: "La leyenda de los cojós", en el que se distingue claramente la influencia del "Popol Vuh".

¿Por qué tres libros en uno? Según me explicó el mismo autor, fue por la necesidad de completar un determinado número de cuartillas y así conquistar el derecho a ser publicado. Una situación algo parecida a la que hallamos en "La triste historia de una cuartilla y su destino irredento".

En la terraza del hotel donde me hospedo, contemplando los imponentes cerros de la Sierra Madre de Chiapas y disfrutando una limonada –de esas que vienen en botellas invisibles-, Luis Alonso Fernández me confesó que hubiese preferido ver cada capítulo publicado como un solo libro, pero que se había decidido a reunirlos sólo por ver consumado el primer deseo de todo escritor: ver publicado su primer libro. Que este pecado no le sea cobrado en demasía.

He leído los cuentos y sé que serán recibidos con beneplácito por los lectores, quienes tienen tres libros en uno para escoger el que mejor les parezca.

Gorbar dubón Palenque, Chiapas. 1998.

# ÍNDICE

I

# LA TRISTE HISTORIA DE UNA CUARTILLA Y SU DESTINO IRREDENTO

Pobre Zerb	18
El jinete	19
Cuarto para las ocho	21
La venta	23
El gigante	25
El duelo	27
El iniciado	28
La espuma	38
La triste historia de una cuartilla y su destino irredento	41
п	
EL HOMBRE QUE NO TENÍA CEREBRO	
El Enelufante	46
Un día de clases	49
Juan Marinero	56
El hombre que no tenía cerebro	<b>6</b> 6
ш	
HISTORIAS DEL PRINCIPIO	
Los cuentos de la vieja Chila	72
El viajero	77
Historias del principio	83
La leyenda de los cojós	93

# I LA TRISTE HISTORIA DE UNA CUARTILLA Y SU DESTINO IRREDENTO

#### POBRE ZERB

Surb encontró a Pirb excitado, los ojos queriéndosele salir de las órbitas, se cubría la boca con una mano. Surb le preguntó:

-¿Qué te pasa?

Pirb dijo:

- -Acaban de matar a Zerb.
- -¿Dónde?

-En aquella pared. Esa señora que está viendo la televisión se quitó una chancleta y la arrojó sobre él. Ni cuenta se dio-. Pirb sollozó, y sorbiendo su nariz continuó: - Quedó en posición de brinco, luego se desprendió despacio y cayó al suelo; la señora trajo una escoba y remató a Zerb con dos golpes, después lo barrió hacia la calle.

Surb, mirando de reojo un mosquito que revoloteaba cerca, dijo:

-Pobre Zerb, es la ley de la vida-, y cuando se lanzaba sobre el mosquito que se había posado, un chancletazo lo alcanzó.

Frente al televisor, la señora se inclina para coger su otra chancla mientras sigue con la vista a la salamandra que corre veloz a esconderse detrás de un cuadro.

#### **EL JINETE**

De las remotas regiones del Universo lo vimos llegar un día, cabalgando en brioso cometa albino, de larga y frondosa cola. Atravesó la plaza del cielo esparcio ado el polvo de la calle. La suave crin del équido bailaba al timo de sus pasos. La garbosa figura de jinete y montura atrajo nuestras miradas. Por nuestros ojos salió la admiración, el asombro y nuestra pequeñez, y con ella el odio, la envidia de la que los mismos caballos dieron muestra volteando la cabeza para mirar sobre el hombro.

Nuestro asombro-rencor siguió a la caballera figura cuando rodeó al sol, llevando las riendas en la mano izquierda y el puño derecho en la cintura. El torso erguido, todo reluciente de plateada botonadura.

Cuando bordeó la fuente central de luz, como al descuido se quitó el lustroso sombrero para abanicarse suavemente dos o tres veces. Las plateadas cachas de sus pistolas brillaron lastimando nuestros rencorosos ojos asombrados.

Con imperceptibles órdenes detuvo el elegante caracoleo del cometa que inclinó la cabeza, acercándose a la fuente para abrevar la luz. Una vez satisfecho irguió la testa, y por sí solo reanudó el baile de su andar. Atravesó el pueblo y siguió más allá, perdiéndose en la llanura cubierta de secas y espinosas estrellas.



#### CUARTO PARA LAS OCHO

En uno de los pasillos laterales de la planta baja de la Biblioteca del Estado sonó un disparo. El empleado que revisaba los libros a la salida dijo: ¿Qué horas son?; otro que sellaba en esos momentos unas credenciales contestó: Cuarto para las ocho.

El que había hablado primero dijo: ¿Quién estará disparando a esta hora? El que sellaba respondió: ¿No lo habías escuchado antes? No, respondió el primero, y el otro le dio una amplia y precisa relación de los disparos en la biblioteca de diez años atrás hasta ese día, dando fecha y hora precisa en que sonó cada uno, quiénes estaban y qué hacían en esos momentos, si hubo o no carreras en los pasillos, el calibre de las balas y, en los casos en que los hubo, el nombre de los difuntos.

¿Y la policía qué dice?

La policía no quiere tener nada que ver con los libros. ¡Qué extraño caso, qué extraño caso; se decía el empleado revisor rascándose la cabeza, y preguntó de nuevo: ¿Ya se enteraron los de la Sociedad Materialista del caso?

Ya hombre, contestó el otro. Pero argumentan que se trata de un fenómeno psiconatural que se da cuando se invierte la polaridad de los libros al colocarlos con el lomo hacia dentro. Yo he colocado libros con el lomo hacia adentro en mi casa y hasta hoy no he escuchado ningún disparo.

### ¿Y el director qué dice?

Que mientras no ocurran al medio día, a las cuatro de la tarde o a las seis no hay porqué preocuparse. La mayoría de los disparos han ocurrido después de las ocho, y sólo unos pocos, como éste, unos minutos antes.

¿Y no se va a hacer nada?

Hummm, respondió el otro. Ruega a Dios que no se suelte una balacera.

#### LA VENTA

De una patada abrió la puerta haciendo saltar la aldaba. Quedó parado bajo el quicio de la puerta, mirando hacia el interior. Un quinqué iluminaba la estancia; era un cuartucho pequeño, ocupado por una cama desvencijada con las sábanas en desorden, un buró polvoso en el que el brillo del barniz original había desaparecido, tres estantes donde se apilaban libros en desorden, herramientas, frascos y animales disecados junto con extraños aparatos, una mesa en el centro llena de libros y papeles.

Cuando se acostumbró a la luz del quinqué, descubrió la figura de un viejo inclinado sobre los papeles de la mesa que lo miraba sorprendido desde el banco donde se encontraba sentado. Avanzó sacando un frasco pequeño de la bolsa de su chaleco, lo puso de un golpe sobre la mesa diciendo:

-¡Me engañaste!, te voy a matar.

El viejo, sin dejar de mirarlo, dejó el lápiz en la mesa y con voz calmada dijo.

-¿porqué dices que te engañé?

El recién llegado, señalando el frasco le espetó las palabras:

-Te pedí que me vendieras el más valioso de tus tesoros, lo más hermoso, y me engañaste. Me vendiste un frasco vacío.

El viejo contestó.

- -Yo no te mentí.
- -¡No, eh! ¿Entonces qué diablos contiene este frasco?
- -La verdad- contestó el viejo:

- -La frente del hombre se contrajo:
- -Pero no huele nada.
- -¿Cuánto vale para ti la verdad?- le preguntó el viejo
- -¡Nada!- respondió secamente el hombre.
- -Ya ves- dijo el viejo.
- -No la quiero- contestó el otro.

El viejo se levantó y fue hacia el buró, lo abrió sacando de él una bolsa con treinta pesos oro y se la arrojó al otro.

- -Está completa el frasco-dijo.
- También el frasco contestó el otro, y salió del cuarto.

#### **EL GIGANTE**

De regreso del jardín de las Hespérides, con las manzanas de oro en la mano, Atlas llegó a donde Heracles sostenía la bóveda celeste. Su primera intención fue pasar de largo, dejando al pequeño héroe bajo el peso de su labor. Sonrió cuando éste le grito ¡espérate!, y continuó su marcha, despojado de la pesadumbre del mundo.

De pronto se detuvo: ¿Qué haré? Se preguntó; no conozco ningún oficio; allí, debajo de aquellos tramojos con que sostenía el Cosmos, no tuve tiempo de prepararme, ni siquiera de estudiar un curso por correspondencia.

Su mirada perdida trasegó los horizontes, mirando las imprecisas llanuras del futuro. Vio cómo su nombre se borraba de crónicas y análes, y el polvo del olvido cubría arquitrabes y frisos resquebrajados, donde se cantaba su gloria.

Desmañado regresó a donde Heracles, dispuesto a suplicarle. Por eso, cuando aquel, haciéndose el inocente, le propuso la insulsa artimaña de que le sostuviese un ratito el Universo, Atlas se dejó engañar con placer.

Heracles, sintiéndose un trapalón, se alejó feliz, dejando bajo todo el peso del mundo, cargando deudas y camiones, gentes y teléfonos, perros en los basureros, asesinos y cineastas, panaderías y burdeles... todo, hasta las estrellas lejanas, al grande, al inmenso y poderoso, al único, al... qué te diré, bueno a Atlas.

- -Oye, pero eso es una montaña en Marruecos.
- -No, mira, Atlas fue un gigante que...



#### EL DUELO

a Julio Cesar Chávez. Antiguo campeón del pugilismo Mexicano (finales del siglo XX).

La gente, amigable, palmea la espalda a David diciéndole:

-¡Tú puedes campeón! Entre más grande son, más fuerte caen.

David sonríe y queda murmurando agradecimientos. Ellos se van pregonando las cualidades del muchacho, su entereza y su valentía. Luego, tres o cuatro días después, cuando se encuentran con Goliat le palmean las anchas espaldas y tocan sus robustos brazos diciendo:

-Estoy contigo campeón, pero por favor, no te ensañes demasiado con el escuincle.

Después se van celebrando la necedad del retador. ¡Mira que se necesita ser muy bruto para ponerse con este gigante a las patadas!

Goliat se queda mostrando sus biceps, y la manera como su gancho derecho alcanzará la quijada de David.

El sol, impertérrito, sigue su eterno curso, saliendo siempre por el Este, mientras Don King mesa con suavidad sus cabellos.

Luis Alonso Fernández. Escriba de la población de San Juan Bautista.

Villahermosa, Tab.

#### EL INICIADO

"Ahora todos podrán saber lo que antes sabían los elegidos". Alejandro de Macedonia a Aristóteles, según Plutarco, al mandar el segundo a hacer varias copias de su metafísica. Jorge Luis Borges. Siete noches.

#### A Gerardo Rivera.

Yadish se dejó conducir, con los ojos vendados, por aquellos obscuros pasadizos interminables. El sacerdote que lo guiaba, su maestro, le había enseñado todo lo necesario para iniciarse. Pronto le serían revelados los ocultos secretos. El conocimiento divino que le fuese entregado a Hermes Trimegisto, el maestro de maestros, reservado sólo a unos pocos, y él pronto participaría de esta gracia: ¡Ser un iniciado!

Le pareció que el ruido de su corazón llenaba la oscuridad de atronadores golpes. La idea de que el sonido fuese escuchado fuera del templo por algún lego, y revelase de esta manera la ubicación de los pasajes secretos, provocando con ello su expulsión, le hizo sudar las manos, la cabeza rapada, el cuerpo entero.

Mientras caminaba, trató de distraer su mente: Recordó las dos semanas que pasó frente al templo, desde el amanecer hasta que el sol se ocultaba tras las montañas. Pasando días enteros sin probar alimentos, hasta que los monjes salían con pan mojado en sopa de arroz. Sólo un poco a cada quien.

De casi un centenar de muchachos, llegados desde todas las regiones del país cuando sonó el gran cuerno del templo anunciando que en la próxima luna llena aceptarían discípulos, al término de la primera semana quedaban sólo veinte. Al sexto día de la segunda semana, vio como su último acompañante se derrumbaba completamente agotado. Los monjes se lo llevaron al interior para prestarle auxilio y ayudarlo a recobrar sus fuerzas, para el viaje de regreso a su tierra.

Por la tarde del último día salió un monje, portando el bastón de paz, anunciando que la prueba llegaba a su fin. Se le acercó y tocándolo con el sagrado instrumento en el hombro, regresó sobre sus pasos. Él lo siguió al interior de la muralla, lamentando que la prueba no durase, cuando menos, una semana más.

Después vinieron los rituales para nombrarlo aprendiz de la primera etapa o discípulo ciego. Le rasuraron a ras la cabeza y las cejas. Vistió la túnica gris de su rango, y durante tres años desempeñó las tareas más pesadas y denigrantes; comía apartado de todos, en un rincón, recogiendo las sobras que le arrojaban los demás frailes desde la mesa.

Su maestro le indicó detenerse, poniéndole una mano en el hombro. El silencio era total. Tuvo conciencia de no estar al aire libre, por la humedad y quietud del ambiente. Escuchó las oraciones que en voz alta pronunciaban los sacerdotes, invocando al Gran Maestro, Hermes Trimigesto. -¡Recibe a este pobre espíritu ciego y cobíjalo bajo el manto de la verdadera sabiduría. Que sus ojos puedan ver la luz del conocimiento!

En seguida le desataron la venda, quitándosela despacio. La suave luz de las cuatro lámparas, que alumbraban la cámara de los juicios, lastimó sus ojos.

-El conocimiento es doloroso, dijo su maestro y guía espiritual, y agregó: Sólo aquellos espíritus fortalecidos y templados en el sacrificio y la austeridad pueden sobrevivir a su posesión.

El Supremo Jurado, compuesto por los doce monjes de más edad, sentados en cinco escalones, formaban una pirámide invertida: un monje en el escalón más bajo, dos en el siguiente, después tres, en seguida cuatro, y por último, en el quinto escalón, dos monjes ocupando los extremos de la base superior de la pirámide, dejando un espacio vacío entre ambos, para indicar que siempre habrá una verdad desconocida para el hombre.

A la izquierda del Supremo Jurado, cinco monjes de rodillas, cada uno frente a un grueso libro de extraña y hermosa escritura. Eran estos los Cinco Libros Sagrados del Verdadero Conocimiento.

Hacia la derecha, tres monjes: Los Maestros Artificiales, montaban guardia frente a los Sagrados Instrumentos de la Creación: Regla, Compás y Plomada. -Los Tres Números Divinos, dijo a Yadish el maestro, y agregó: No hay nada en el Universo que no tenga relación con ellos: el Doce, el Cinco y el Tres.

Detrás de Yadish, siete monjes jóvenes con las bocas amordazadas, sentados en una banca, observaban el ritual. Sobre ellos caía una gran responsabilidad. Debían responder, desde ahora, por el celo y dedicación de Yadish en las reglas de la orden; por su silencio y discreción, en su escaso trato con los extraños, de todo lo relacionado con los Secretos y Conocimientos Herméticos. El número siete, que representa al hombre, representaba, en esta ocasión, a Yadish.

El maestro señaló una pila de ladrillos que se hallaba a un lado del grupo de los siete monjes y dijo a dos de estos:

-Formen con ellos un mosaico regular de las dimensiones que quieran.

Los monjes, en silencio, colocaron los ladrillos de seción rectangular uno junto a otro, en el centro de la cámara, hasta cubrir una gran parte del piso, formando así un rectángulo. Al terminar regresaron a ocupar sus lugares en la banca.

El maestro, dirigiéndose a Yadish, dijo:

-¿Cuántos ladrillos hay aquí? Y señalo el mosaico.

Yadish comprendió que para responder a esa pregunta tendría que realizar la titánica tarea de contarlos uno por uno, y subiéndose al mosaico se dedicó a ello, tocando con el pie cada ladrillo contando. Mientras él hacia esto, su maestro recorrió en silencio dos lados ocurrentes del rectán-

gulo, después se acuclilló frente a tres ranuras que habían en el piso, y sacando una bolsa de cuero de sus ropas, comenzó a manipular unas piedras que traía en ella. En la primera ranura de la derecha, colocó cuatro piedras, en la del centro o segundo una sola. Había contado catorce ladrillos en uno de los lados, y eso era lo que escribía. Cuatro unidades en la primera ranura y una decena en la segunda. Colocó luego siete piedras más en la ranura del centro, acompletando ocho con la que ya había. Colocó cuatro más en la primera y sumaron también ocho. Otras cuatro y fueron doce. Quitando entonces diez de la primera dejando solo dos, y aumento una en la del centro. El número que se leía ahora en las piedras eran el noventa y dos. Colocó entonces cuatro más y fueron diez. Quitó todas estas y aumento una más a la del centro, que sumaron diez, y también las quitó, colocando una sola en la tercera ranura. Había escrito el número cien. Colocó finalmente, por tres ocasiones, cuatro piedras en la primera ranura, y fueron doce piedras, de las que quitó diez, poniendo una en la de en medio y dejando dos en la primera.

-¡Son ciento doce!, dijo a Yadish, quien aturdido, preguntó:

- -¿Qué dice maestro?
- -Que son ciento doce ladrillos los que forman el mosaico.

Yadih no supo si tomar a broma las palabras de su maestro; él no iba ni por la mitad en la cuenta de los ladrillos...

- -¿Cómo lo supo maestro?
- -Me lo dijeron estas piedras Yadish. Termina la cuen-

ta para que compruebes que digo la verdad.

Y Yadish terminó en silencio su cuenta. Efectivamente, fueron ciento doce ladrillos.

-No importa cuántos ladrillos formen un mosaico Yadish. Para saber el total no es necesario contarlos uno por uno. Cuentas primero los que hay en un lado, luego los que hay en el otro que forme vértice con el primero, y multiplicas los dos números obtenidos. En seguida, el Maestro tomó una pequeña barra de yeso de forma cilíndrica y dibujo en el suelo:

#### $14 \times 8 = 112$

-Ves Yadish, si formas catorce grupos de ocho u ocho grupos de catorce, tendrás siempre ciento doce. Esto es una multiplicación. Hay operaciones superiores, que aprenderás a su debido tiempo, para saber las cosas del universo; cuántas unidades esenciales existen en el mundo, cuántas forman el Sol, cuánto pesa éste, y la Tierra, y la Luna... Si persistes en el estudio de estos secretos conocerás el poder de la luz, y podrás hacer cosas que hombre alguno jamás ha soñado.

Después de explicarle a Yadish cómo se operaban las piedras en las ranuras, el Maestro pidió a los siete hermanos espirituales de éste que retirasen los ladrillos, apilándolos de nuevo en el lugar que ocupaban antes. Hecho esto, regaron agua y con escobas limpiaron el piso. El Maestro señaló a dos de ellos, entregándoles una cuerda con una estaca amarrada a un extremo y una barra de yeso en el otro. Tomaron uno la estaca y el otro la barra de yeso, estirando la cuerda; el de la estaca la apoyó en un pequeño hoyo en el centro del piso, el otro apoyó también la barra en el suelo, y manteniendo la cuerda tensa comenzó a caminar alrededor de su

compañero, dejando una huella blanca que terminó por cerrarse en una impecable circunferencia. Los que la trazaron desataron la estaca y el yeso, pasando este último por toda la cuerda. El Maestro, dirigiéndose a Yadish dijo:

-El circulo es lo perfecto. Todos sus puntos equidistan de otro llamado centro. El Universo es circular. El espacio es circular. El tiempo es circular. Si tu aprendes la ciencia geométrica, conocerás cada parte del universo, el presente y el futuro; podrás conocer la altura de los monumentos y las montañas más elevadas sin necesidad de medirlos. Con la ayuda de la matemática y la geometría, podrás determinar el centro del Universo, lugar donde se encuentra la Verdad Absoluta. El espíritu que logra llegar allí se realiza plenamente. El camino no es fácil; ni siquiera los reyes gozan de privilegios para obtener El Conocimiento.

A una señal del maestro, los jóvenes monjes que sostenían la cuerda caminaron hasta colocarse a ambos lados de la circunferencia, estiraron la cuerda y la apoyaron en puntos puesto de aquella, haciendo que pasara sobre el hoyo que indicaba el centro. Uno de ellos la tomó con los dedos índice y pulgar de una mano, y la otra la apoyó fuertemente en el piso. Tensó la vuerda como si se tratara de un instrumento musical y la soltó repentinamente. Sobre el suelo quedó marcada una línea blanca. El Maestro habló así:

-Ahora conocerás los secretos fundamentales del círculo. Este, dijo señalando la línea, es el diámetro. Divide al círculo en dos partes iguales. Hay finitos diámetros como puntos hay en el círculo. Hay infinitos puntos en todo el círculo como en el segmento más pequeño que podamos tomar de él.

A otra señal del maestro, los monjes repitieron la operación dejando una línea que ya no pasó por el centro.

-Esta es la secante que toca dos puntos de la circunferencia y nunca pasa por el centro.

Otra seña, y otra línea quedó trazada, pero ésta totalmente fuera del círculo al que sólo tocó en un punto.

-Y esta es la tangente, que representa el camino que siguen los legos con respecto al Verdadero conocimiento.

Yadish, maravillado, temía morir allí mismo por no poder resistir tantos y tan profundos conocimientos en un solo día. Un vértigo, delicioso, se apoderó de su corazón y de su mente. Como en una irrealidad, vio que lo despojaban de su hábito gris de discípulo ciego, y lo vestían con el verde opaco de los iniciados. Su maestro lo tomó del brazo, conduciéndolo hacia los libros Sagrados. Se arrodilló frente a cada uno de los libros, con profunda reverencia, besándolos con el rose de sus labios. Le tocó después el turno a los Instrumentos Sagrados.

En el corazón de Yadish germinaba, partiéndoselo, el propósito firme de poseer todos sus secretos algún día. En el vértice de la felicidad, se dejó conducir de regreso por aquellos pasillos que hasta entonces habían permanecido desconocidos para él. Cuando entró a la cámara de los iniciados faltaba poco para amanecer; ahora faltaban sólo dos horas para que el Sol se escondiera detrás de las montañas. El Maestro lo llevó a una celda; ya no más aquel agujero obs-

curo debajo de la escalera que le servía de dormitorio.

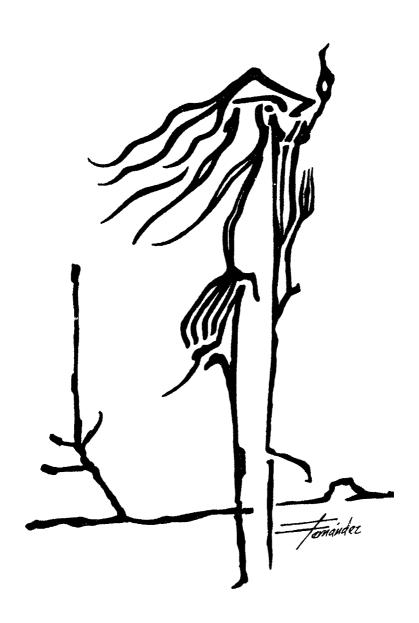
De pie, en medio de la habitación, contempló la celda, su celda, un lujo desorbitado para él, hijo de campesinos pobres: un camastro, reclinatorio, altar para las oraciones y una silla.

Un detalle inusitado llamó su atención: la ventana estaba abierta. Jamás había visto semejante cosa en el tiempo que llevaba allí. Nunca una ventana se abrió y mucho menos quedó abierta alguna vez. A la sorpresa siguió la comprensión de que se trataba de un obsequio, un regalo en su día de iniciación, y se dispuso a disfrutarlo, acercándose a ella para mirar la ealle.

Allá abajo, a la luz de las hogueras, el pueblo celebraba con vino, comidas y danzas una fiesta pagano religiosa.

En su altura, Yadish comprendió la distancia que lo separaba del vulgo inculto, y la grandeza de su destino.

Lejos estaba el día en que sería arrojado al mar por sus hermanos espirituales, atado a una gran piedra, por haber escrito que el supuesto origen divino de los secretos, que tan celosamente guardaban los monjes, era una mentira, argumentando que hasta un asno amarrado a una estaca en un prado podría trazar un círculo perfecto, con la única sabiduría de mordisquear la hierba hasta donde le permitiese la largura de la cuerda.



#### LA ESPUMA

Andaba por la calle arrastrando una soga atada a su cuello. En la punta de la soga había un nudo; éste se atoró en un tornillo doblado que sobresalía del suelo. El tirón hizo que se detuviese bruscamente, sentándose sobre sus cuartos traseros.

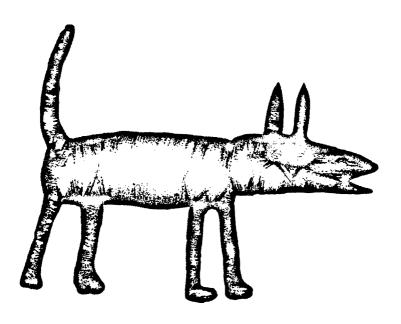
Resollando con la lengua de fuera miró a la gente que pasaba a su lado; se levantó para continuar su camino pero otro tirón de la soga lo obligó a sentarse de nuevo.

Su mirada inocente y sin miedo se cruzó con la de Ramiro, quien viéndole filosofaba sobre la condición humana, semejante a la de los perros. ¿Cuántos no quedamos prisioneros de nuestras propias cadenas que llevamos arrastrando como ese perro? ¿Cuántos no estarán con la solución frente a ellos, sin posibilidades de deshacer el nudo?

Ramiro, venciendo el pesimismo irredento que lo inmoviliza sumiéndole en disertaciones filosóficas fatales, se acercó al perro; sacando una navaja tomó la cuerda que rodeaba el cuello del animal mientras pensaba. "Soy un dios para este ser; un dios benévolo del cual él ni siquiera sospecha. Quizá me intuya en la atmósfera nebulosa de sus pensamientos, acaso me implore en sus plegarias elementales, en su lenguaje primitivo de gruñidos. Su vida depende enteramente de mí. Si yo quisiera podría dejarlo aquí, preso de su propia estupidez, o podría cortar su garganta, tomar su vida. ¡Pero yo decido que viva!" Y cortó la cuerda.

El perro continuó echado, mirándole desde el abismo primigenio de sus instintos en donde comenzaba a brotar efecto por Ramiro. Anda, le dijo éste, pero el perro no se movió. ¡Largo!, gritó Ramiro palmeando su pierna, y el perro brincó a un lado, temeroso y desconfiado. ¡Shúuuu!, volvió a gritar, y el perro trotó, atravesando la calle hacia la otra acera, con la cola entre las patas, mirando hacia atrás, en donde Ramiro miraba en suspenso fenomenológico cómo una combi lo arrollaba a toda velocidad.

Ramiro guardó su navaja en silencio, pensando, intuyendo que acaso un dios todo poderoso se solazaba mirando la espuma que hacía la sangre en el polvo de la calle.



## LA TRISTE HISTORIA DE UNA CUARTILLA Y SU DESTI-NO IRREDENTO

Hubo una vez una hoja blanca que se creía muy especial. Salió al mercado en un paquete de quinientas hojas; todas ellas creían también que eran especiales, y ninguna que todas las demás creyeran eso de sí mismas. Soñaban con llegar a formar un día parte de algún documento importante, y la que menos, servir para borrador de un discurso político. Pero nuestra hoja se distinguía de sus hermanas en que ella era la que con más fuerza creía en la grandeza de su destino.

Los sueños de la mayoría eran pequeños, burgueses diría un taxónomo obstinado. Estaba la que aspiraba por toda gloria a llegar a manos de una cajera bancaria como nota de asalto. Otra aspiraba terminar sus días pegada con chinches a un pizarrón de caucho como boletín sindical, anunciando a la base un aumento salarial. Una, de temperamento flemático, proyectó llegar a ser parte de un documento mercantil en una transacción de exportación. Las más soñadoras se preparaban a servir de borradores a algún compositor de música rock, incluyendo a Lora. Otra de mayor conciencia ideológica llegaría a formar parte de un comunicado del subcomandante Marcos a los medios de información.

Pero nuestra hoja tenía muy claro la grandeza de su destino: Ella formaría parte de una obra literaria, de un cuento único y grandioso; un cuento para la posteridad como muestra de la precisión que es capaz de desarrollar el pensa-

miento humano en el lenguaje expresivo. Un cuento que se publicaría en todas las antologías escolares para ejemplificar la prosa clara, precisa y elegante, y que marcaría el inicio de una época en la literatura de su país.

Ocurre que como entre los individuos, las hojas también son arquitectos de su propio destino. Así, cada una de ellas fue tomando el derrotero de la realidad construida por sus sueños. Cada una llegó a tener el uso que esperaban. Pero esas son otras historias. Nuestra hoja dormitó varios meses en el anaquel de una papelería de barrio, en un paquete de cien hojas para ser vendido a algún estudiante.

Por esos azares necesarios que conforman los hechos, el paquete fue comprado por un escritor con no menos sueños ni más pequeños que los de ella. Nuestra hoja era la primera, así que ella recibiría el título y el inicio del cuento, ya que efectivamente el escritor se proponía escribir un cuento para un concurso. Este tomó el paquete y lo abrió, cogió la hoja y la colocó en la máquina.

Escribir un cuento para concurso no es cosa fácil; hay que apegarse a las reglas que marcan los organizadores so pena de quedar descalificado de entrada. Por eso, el escritor revisó la convocatoria y leyó: "Las obras deberán ser inéditas, escritas en lengua española, y deberán tener '.na extensión máxima de ochenta cuartillas y una mínima de cincuenta. Cada cuartilla deberá ser de mil quinientos golpes".

Ofuscado, el escritor abrió su gran Salvat y buscó la palabra "cuartilla": "Medida de capacidad para áridos equivalente a 13.87 litros. Medida de capacidad para líquidos,

cuarta parte de la cántara. Cuarta parte de la arroba. Cuarta parte de un pliego de papel. Cada una de las hojas de un manuscrito..." El escritor cerró el diccionario, sin leer ya que cuartilla también significaba "parte de las caballerías entre los menudillos y la corona del casco".

Carlos siempre supo que sería escritor; lo sabía porque lo que más disfrutaba era narrar a sus amigos las historias que su padre le contaba por las noches. ¿Y qué es ser escritor? Le preguntaban sus amigos. Pues contar historias ¿no? respondía Carlos. ¿y dónde vas a sacar tus historias cuando tu papá no esté. Pues ya vendrá la inspiración, las musas, decía Carlos, y no faltaba quien le dijera que eso de las musas era como con las hadas madrinas que ya nadie creía. Una vez un escritor le dijo que para escribir hay que tener un motivo, por ejemplo un buen premio. Entonces fue cuando Carlos se encontró con aquella convocatoria. Y al querer escribir su cuento, al que tuvo almacenado en el magna del subconsciente por varios años, cociéndolo, madurándolo lentamente, se encontró con que escribir un cuento no es sólo aquello que la mayoría cree que es: tomar una hoja y escribir en ella la trama del cuento. ¿Qué pasa?, se dijo. Yo pensé que los cuentos se escribían y ya, y que lo que importaba era la historia y no si esta venía escrita en una tablilla de barro, en un papiro, en un pergamino o en una lámina de oro. ¿Dónde averiguo qué que es una cuartilla? ¿Cuánto mide un pliego de papel? Al borde del paroxismo, Carlos se acordó que tenía el recurso de hablarle por teléfono a su amigo Miguel, y así lo hizo.

Miguel tenía un amplio conocimiento de esos asuntos ya que había trabajado como corrector de pruebas en un

periódico, además de que también era escritor y –con mucho- más ordenado y metódico que él en sus trabajos. Aliviado marcó el número de Miguel. Una cuadrilla –le dijo éste- es una hoja tamaño carta, escrita a máquina con veintiocho o treinta líneas (renglones –especificó Miguel), ya sea que uses de uno y medio a dos espacios en el interlineado, dejando un margen simétrico de dos y medio centímetros arriba, abajo y a los lados. Cada línea deberá tener de sesenta y cuatro a setenta golpes dependiendo del tipo de letras. Se deben dejar sangrías de cinco golpes, y entre párrafo y párrafo un medio espacio más. Todo esto es –le dijo Miguelcon fines estéticos.

Carlos se despidió de Miguel prometiéndole tomarse un café juntos un día de estos. ¿Qué diablos, se dijo. Qué no puedo escribir una historia, narrar un cuento dejando márgenes más o menos, digamos dos centímetros en un lado y tres en el otro, con algún espacio entre renglones –líneassin que estos se apelmacen? ¿Qué pasa si se encuentran un manuscrito antiguo? ¿Lo arrojan a la basura por no cumplir con los requisitos? ¿Mi cuento vale más si está escrito en cuartillas con ma quinientos golpes?

Rebasando todo control, Carlos se lanzó sobre la máquina de escribir a teclear rabiosamente: "Honorable Cámara de Diputados..."

Entre los individuos como entre las hojas, unos nacen con estrella y otros nacen estrellados. El destino de nuestra hoja fue servir de vehículo a una demanda que jamás sería atendida porque, ¡diablos!, ¿quién toma en serio a la literatura en estos tiempos?

# II EL HOMBRE QUE NO TENÍA CEREBRO

#### EL ELENUFANTE

Hay un elefante en las nubes. Todos vemos al elefante, pero sólo cuando somos niños; aunque también lo ven los papás de los niños, pero ellos solamente ven la colita del elefante

Hay ocasiones, como cuando la familia va de viajes en automóvil, y que los niños están inquietos, entonces uno de los padres dice, señalando las nubes:

-; Ya vieron ese elefante?

Los niños miran hacia arriba a través de los vidrios de las ventanillas.

- -¿Dónde, dónde?
- Allá, tras aquella nube. ¡Miren, se le ve la colita!

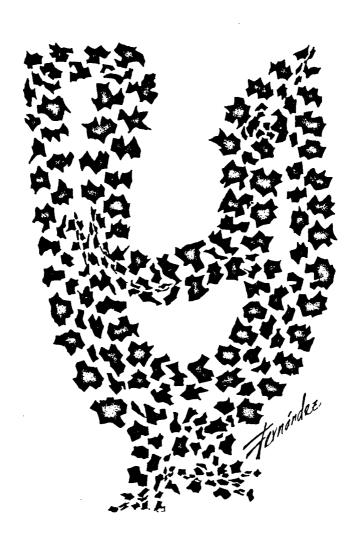
Efectivamente, tras un gran cumulonimbo, blanco como una enorme coliflor, se ve la colita de un elefante.

Lo que los padres no ven, porque dejan pronto de prestarle atención, es que el elefante se asoma y hace gestos graciosos a los niños, y sigue al auto brincando de nube en nube, platicando con los niños. Ellos le preguntan su nombre y él les responde que se llama Elenufante, y que siempre ha vivido en las nubes.

Si el viaje es muy largo, los niños y el Elenufante platican horas y horas de aventuras y cosas que los adultos ni se imaginan.

Al final de cada viaje le dicen adios sin tristeza, ya que saben que él siempre va a estar allí.

Claro que, al ir creciendo poco a poco le prestan menos atención y se van olvidando de él. Cuando son adultos ya no lo recuerdan, hasta que se convierten en padres. Entonces lo vuelven a ver, pero sólo la colita.



#### UN DIA DE CLASES

Aunque no es un pueblo nuevo, cualquier visitante tendría esa impresión al mirarlo desde lejos. Se llega a él por un camino de mulas que, en tiempo de secas, es transitado por vehículos sin riesgo alguno.

Antes de llegar se divisan las casas, colocadas esparcidamente como si una mano curiosa las hubiese puesto con cuidado, Todas son de madera, pintadas de blanço con líneas de colores rodeando puertas y ventanas. Los techos de lámina de zinc caen a dos aguas al frente y atrás. Una cerca de madera rodea a cada casa determinando una zona donde crece toda clase de flores y algunos árboles que contrastan con el exterior donde el suelo está cubierto con una grama fresca y verde que se extiende por todo el pueblo, cruzada por los senderos trazados de casa a casa. Todas ellas tienen sus frentes hacia una meseta desde donde se domina un hermoso valle que se extiende un poco más abajo del pueblo, del lado contrario al camino de llegada. Allí se encuentran los edificios públicos: la comisaría ejidal, pequeña construcción de mampostería que alberga una oficina, un baño y un cuarto con rejas que ha sido usado muy pocas veces; la iglesia, un galerón de madera, pintado de azul, y techo de lámina de zinc de dos aguas a los lados; y la escuela, un conjunto de cuatro edificios alrededor de la planta que forma un rectángulo, dejando en el centro un amplio patio.

Los habitantes de Santiago son muy hospitalarios. Cuando llegan visitantes salen todos a recibirlos, y si los recién llegados permanecen un día o más hacen fiesta. Viven de la venta de sus cosechas y artesanías de madera y cuero, que bajan a vender a las ciudades. Por lo general la vida en Santiago es tranquila y apacible, y son raros los sucesos que la alteran.

El pueblo de Santiago está en uno de los cerros de la espina dorsal de la Sierra Madre del Sur. El edificio más grande es la escuela primaria Patria Mexicana. Una mañana fresca de septiembre que se iniciaba el curso escolar, los alumnos y maestros notaban con curiosidad que una pequeña nube, una nubecita, flotaba sobre el patio de la escuela. Este sólo hecho no hubiese llamado la atención de ningún habitante de Santiago, acostumbrados desde niños a convivir con las nubes que cruzan sobre las casas, envolviéndolas en una suave neblina, pero esta nubecita se mantenía flotando sobre el patio, moviéndose dentro de los límites del mismo como si paredes invisibles le retuvieran. Los niños corrían detrás de la nube que, a unos cuatro metros del suelo, parecía participar del juego haciendo requiebros caprichosos que el desordenado grupo trataba de seguir.

Sonó la campana y, no sin poco trabajo, los maestros formaron las filas correspondientes a cada grupo. La nubecita permaneció quieta en su altura detrás de las filas. El director de la escuela habló y dio la bienvenida a los alumnos de primer año, alentando a los de sexto a estudiar con más ganas, hablándoles de la secundaria, la preparatoria y la universidad. Les recomendó las carreras de maestro, ingeniero, doctor y licenciado. Les dijo que la carrera de licenciado les podía dar la oportunidad de ser lo mejor del mundo, nada menos que presidente de la República.

Terminó el discurso y, a la orden de sus maestros, los grupos entraron a sus salones marchando, marcando con energía el paso redoblado. La nubecita quedó sola flotando sobre el patio de la escuela. En los salones, el pase de lista inició la clase. El maestro de primer año notó que sus alumnos estaban hablantines y llamó a silencio; continuó pasando lista hasta que vió que algunos alumnos se habían parado de sus asientos, y amontonados en una ventana espiaban hacia fuera. El maestro golpeó con la vara rectora el escritorio y habló en tono fuerte.

## -Niños, vuelvan a sus lugares!

Los chiquillos corrieron a sus asientos, pero continuaron mirando hacia la ventana. El maestro se levantó intrigado y fue hacia la ventana. Allí estaba la nubecita, espiando hacia adentro, que se retiró un poco cuando el maestro, abriendo la ventana, la miró un rato y volvió a cerrarla. Los niños gritaron a coro.

- -¡No la cierre maestro, no la cierre!
- Está bien, dijo el maestro, pero si no prestan atención la cierro. Y comenzó su clase hablando de las vocales.
- Son cinco, dijo y las nombró escribiendo en el pizarrón: a e i o u
  - Repitan conmigo niños.
  - -¡Ah!, ¡eh!, ¡ih!, ¡oh!, ¡uh!
- -Otra vez –dijo el maestro y señaló las letras, pero sólo se escuchó su voz diciendo:
  - -¡Ah!

Los niños, con las bocas abiertas miraban cómo la nubecita, entrando por la ventana, se fue a instalar en un asiento vació en la parte de atrás del salón, y allí se quedó quieta.

El maestro, sin atinar si regañaba a los niños que rodearon a la nube o a ésta que se estaba muy quieta en su asiento, dijo:

-¡Niños, siéntense!

Los niños corrieron a sus asientos. Luego, dirigiéndose a la nubecita:

-¡Y tú, hazme el favor de salir por donde entraste!

La chiquillería se alborotó gritando ¡que no se vaya, que se quede!, y unos corrieron a rodear a la nube, otros hacia el maestro, y otros mas hacia la ventana, levantando los brazos. El maestro gritaba exasperado para todos lados: -¡No, no se va a ir, siéntense ya! ¡Está bien!

Los niños, convencidos de que el maestro no sacaría a la nube, se calmaron. Pero, atraídos por la bula, los otro grupos salieron de sus salones, a pesar de los esfuerzos de los maestros por controlarlos. El director de la escuela llegó nervioso y preguntó al maestro de primero qué ocurría, por qué esos gritos. El maestro salió para informarle de los sucesos. Los alumnos de los otros grupos se pegaron a las ventanas para ver a la nube. Los de primer grado no cabían en sí del orgullo de tenerla en su salón y sonreían con toda la boca. El maestro y el director platicaron en la puerta del salón, habla-

ban y luego miraban hacia adentro y volvían a hablar; después el director puso las palmas de sus manos hacia arriba y encogiendo los hombros palmeó el brazo del maestro de primero, y se puso a ayudar a los otros maestros a regresar a los alumnos a sus salones.

Al fin hubo calma y se reanudaron las clases. Los alumnos de primero, ante la amenaza del maestro de que si no atendían la clase él vería que se saliera la nube, estuvieron atentos y respondieron a las preguntas, luego hicieron un ejercicio en el cuaderno y pasaron al pizarrón. La nubecita, quieta en su asiento, observaba todo. Cuando le tocó el turno pasó al pizarrón, tomó el gis y escribió una a. Los niños aplaudieron y la nubecita regresó feliz a su lugar.

Cuando salieron al recreo todos querían jugar con la nube. Ella se elevó un poco y jugaron a perseguirla, luego descendió y fue ella la que persiguió a los niños. Terminó el recreo y volvieron a los salones. Se reanudaban las clases cuando se escucharon unos truenos en el cielo. Todos guardaron silencio. volvieron a escucharse los truenos. La escuela entera se asomó al patio.

Arriba, a regular altura, dos nubes grandes, muy juntas, parecían platicar o llamar a alguien con sus truenos y relámpagos que las iluminaban por dentro.

Los alumnos de primer año vieron con tristeza cómo la nubecita se elevaba de su asiento y salía por la ventana. Las nubes grandes, al verla, se agitaron como si les diera una gran alegría. Tronaron de nuevo lo relámpagos en forma fes-

tiva. La nubecita también soltó un pequeño trueno y las nubes le respondieron, iniciando su ascensión hacia los cerros del Oeste. La nubecita miro a los niños, permaneció quieta un rato, luego se despidió con un pequeño relámpago y se fue tras las dos nubes grandes.

Los niños agitaron las manos y gritaron adioses a la nubecita que parecía volverse de cuando en cuando, hasta que desapareció en la lejanía.

La clase ya no pudo ser continuada porque todos lloraban por la nubecita. Hasta los maestros y el director lloraban, contagiados por el llanto de los niños.

Aunque el clima en el pueblo de Santiago es muy fresco por la altura a que se encuentra. Todos los salones de la escuela Patria Mexicana mantienen una ventana abierta por si algún día decide regresar la nubecita.



### **JUAN MARINERO**

Esta es la historia de un marinero que se fue a la mar, para ver qué podía ver, y lo único que pudo ver, fue el fondo de la mar. En realidad no es éste el verdadero título de nuestra historia, así que para hacerle justicia a Juan, lo pondremos tal y como es: Esta es la verdadera historia de un marinero que se fue a la mar y mar y mar, para ver qué podía ver y ver y ver, y lo único que pudo ver y ver, fue el fondo de la mar y mar y mar.

Juan no conocía el mar. Nació tierra adentro, en las montañas, y ni subiéndose al pico más alto se lo podía ver.

Desde antes de aprender a hablar, Juan se entusiasmaba escuchando las historias marinas que contaban los viejos del pueblo, que alguna vez pisaron las playas y escucharon esas historias en la cantina de un puerto de boca de los estibadores, quienes las escucharon de los pescadores que se aventuraban fuera de la bahía, y que escucharon esas historias de los marineros que surcaban los siete mares. Era tal el interés de Juan por esas viejas historias que sólo vivía para escucharlas, por lo que su presencia pasaba desapercibida para su familia, al grado de que nadie recuerda cuándo aprendió a hablar.

La primera palabra que le escucharon fue: "mar"; la primera frase: "Quiero ver el mar"; la primera cláusula: "Cuando sea grande seré marinero, viajaré y cruzaré los siete mares".

Esto último lo anotaría más tarde en una vieja bitácora que nadie supo como obtuvo. Estas tres afirmaciones fueron respuestas a otras tantas preguntas que le hicieron en tres raras ocasiones en que se acordaron de él: En cierta ocasión, al levantarse todos sus hermanos, después del desayuno, quedó solo en la mesa; su madre, que no recordaba si había o no desayunado le preguntó: ¿Qué quieres? Tiempo después, estando las mujeres sacando cuenta de las fechas de nacimientos de los miembros de la familia dieron con que ese día era el cumpleaños de Juan, el que, como siempre que no estaba escuchando historias de marineros, se encontraba sentado en el banquillo del rincón, con la mirada perdida, sumergido en los sueños.

El descubrimiento no habría tenido la menor importancia en otra ocasión, pero las mujeres pensaron que Juan las escuchaba y para salir del paso le preguntaron: ¿Qué quieres de regalo? Pasados los años, después de casarse el penúltimo de sus hijos, los padres descubrieron el abandono en que lo tenían. Preocupado por el futuro de su hijo, el padre exclamo: ¿Qué irás a ser de grande?

Todos supieron de la obsesión de Juan y el asunto fue motivo de bromas. Los chiquillos corrían detrás de él gritando a coro:

Marinero marinero ¡que no conoce la mar! Marinero marinero ¡y aquí se va a quedar!

Esto hacía que Juan volteará con la mirada más triste del mundo, lo que provocaba la alocada huída de la chamacada. El asedio duró poco porque comprendieron que no era coraje sino una profunda tristeza lo que había en su corazón, y el molestarlo perdió interés. Juan fue olvidado de nuevo; sólo su madre mantuvo una constante preocupación por él y debido a eso llegó a conocerlo en tan poco tiempo más que en todos los años pasados. Para el padre, él desapareció de nuevo al cesar los comentarios sarcásticos de la gente.

Un día la madre dijo al padre: ¡Juan quiere ir al mar!, y éste le contestó: Mira mujer, no estoy para escuchar necedades.

No son necedades, contestó ella y tomándolo del brazo lo jaló hasta el cuarto de Juan.

Ni idea tenía el padre de que aquel cuarto existiese. Las paredes estaban tapizadas de mapas y cartas oceanográficas, cuadros marinos con barcos de amplio velamen desplegado que surcaban los mares calmados o embravecidos. En la mesa se encontraban un astrolabio, un sextante, una brújula, compases y otros aparatos desconocidos para ellos. En la cabecera de la cama, Juan había clavado un timón. En el pequeño librero, entre libros de navegación e historias de marinos se encontraban caracolas, una estrella de mar y un pequeño tiburón disecado. Pero lo que terminó de convencer al padre fue una colección de pequeños frascos conteniendo líquido y un papelito pegado a ellos; el padre tomó uno y leyó: "Agua del mar de las Antillas"; otro decía: "Agua del Océano Indico". Había en total unos quince frascos. Tomó el último que decía: "Agua del Mar Océano", lo dejó despacio con un nudo en la garganta, y acla-

rándosela exclamó: ¡El mar! ¿Y qué tiene el mar?

Eso es lo que quiero ver padre, contestó a sus espaldas la voz de Juan. Sorprendidos se voltearon. En el umbral estaba Juan con la cara más tranquila del mundo. El padre lo contempló con atención por primera vez y notó lo alto que era. "Ya casi me llega", pensó. Irás al mar hijo, exclamó y salió del cuarto.

Juan volvió a ponerse de moda, su padre fue blanco de hirientes indirectas en la peluquería y en el café, pero esta vez ya no lo molestaron. Miraba a quien había hablando, con una sonrisa suave, sin malicia y contestaba: ¡Ah, el mar! ¿Quién pudiera conocerlo? Y con esto ponía punto final a las burlas, que se transformaron poco a poco en preguntas serias, a las que el padre contestaba orgullosamente: ¡Juan, mi hijo, irá al mar! Los viejos volvieron a sonreír, orgullosos de haber formado a Juan. Los niños corrieron de nuevo detrás de él cantando:

Marinero marinero ¡que no conoce la mar! Marinero marinero ¡que parte a navegar!

Esto hacía que Juan volteará con la cara más alegre del mundo. Su alegría contagió a todos, hasta que llegó el momento en que Juan debía partir, entonces se presentó un problema: ¿Cómo se llega al mar?

Preguntaron a los antiguos narradores, pero todos contestaron: No recuerdo... hace tanto tiempo...

La vergüenza por no saber cómo llegar al mar cubrió al pueblo como una desgracia. Juan se encerró en su cuarto y pasó un año sin salir de él. Todos hablaban en voz baja, caminaban de puntillas; en el café se dejó de reír a mandíbula batiente y un chiste era celebrado con discretas sonrisas, se abandonó el uso del hacha por el serrucho al tratar de evitar el menor ruido, los perros más ladradores fueron sacrificados; se suspendieron las fiestas: Juan está estudiando cómo llegar al mar, decían a los visitantes.

Cuando ya casi todos habían olvidado a Juan y por lo tanto el motivo de su silenciosa conducta, éste dijo un día a su madre: Arréglame la bolsa de viaje. La madre contó al padre y éste fue a la barbería a dar la noticia: Juan ya encontró la manera de llegar al mar.

Se echaron a vuelo las campanas, se reventaron cohetes, tocó la banda de música. En un día el pueblo desquitó un año de silencio. Cuando Juan salió con la bolsa al hombro, el pueblo entero lo esperaba; frente a la casa se había organizado una fiesta. De los pueblos vecinos llegaban peregrinos a investigar el origen de tanto ruido. Todos se sorprendían de encontrar habitado el pueblo, pues por la comarca se había extendido el rumor de que sus habitantes lo habían abandonado. Pero cuando se enteraron de la historia de Juan se sumaron al jolgorio.

Cuando Juan salió con su bolsa al hombro, el pueblo entero, por última vez, guardó silencio. Su padre salió de la muchedumbre y dirigiéndose a él dijo:

¡Juan! ¿Sí padre? Quieren saber... todos quieren saber.

Juan bajó lentamente su bolsa y la depósito en el suelo. La gente se apretujó a su alrededor, él levantó las manos a la altura de su cara como si sostuviera una pelota y dijo con voz fuerte: El mundo es redondo, el mar cubre las tres cuartas partes de la superficie. No importa hacia dónde se camine, siempre se llega al mar. Luego sacó un mapamundi desplegándolo con la ayuda del padre y mostró a todos la superficie terrestre. El muchacho conocía cada rincón del mundo. Este puntito que ven aquí, dijo, es nuestro pueblo, y abarcó con un gesto el horizonte. Caminaré hacia el poniente. Adiós, dijo y levantando la bolsa echó a caminar. La gente se apartó abriendo un pasillo que se cerraba detrás de él. Cuando la solitaria figura se perdió detrás de un cerro, volvieron a sonar las campanas y los cohetes, y la música.

La fiesta duró siete días. Como acto final, las palabras de Juan fueron colocadas en una placa de bronce en el centro de la plaza, aunque nadie entendía realmente que significaban.

Un día, varios meses después, la madre dijo a la familia: Juan llegó al mar, se ha embarcado. Ella supo esto porque, estando en la cocina, escuchó debajo de la ventana a unos niños jugando a la ronda y cantando:

Marinero marinero ¡qué partió para la mar!

# Marinero marinero ¡se embarcó a navegar!

De cuando en cuando la madre comunicaba a la familia noticias de Juan que le llegaban a través del canto de los niños bajo la ventana. Un día, a la hora del almuerzo, salió con los ojos preñados de llanto, puso la comida en medio de la mesa y se cubrió la cara con las manos. Entre sollozos les dio la noticia:

¡Juan ha muerto! Ese día la madre escuchó que los niños cantaron:

Marinero que se fue a la mar y mar y mar para ver qué podía ver y ver y ver y lo único que pudo ver y ver y ver fue el fondo de la mar y mar y mar

La noticia se extendió rápidamente. Nadie había imaginado el alcance de la fama de Juan, hasta que comenzaron a llegar telegramas de pésame de todo el mundo. Desde Alaska y Canadá hasta Argentina y Chile, lo mismo que de toda Europa, Africa, Asia y Oceanía. Llegaban telegramas de políticos, hombres de negocio, artistas y gente del pueblo. El Papa mandó personalmente al Obispo de Roma a girar un telegrama con su pésame. Una de las hermanas de Juan pegó el telegrama en la pared para que todos lo vieran; entonces comenzaron a pegar todos los telegramas, tapizando primero la casa por dentro y luego por fuera, siguiéndose con las de los vecinos, y de estos a los otros, y cuando todas las casas estuvieron cubiertas se siguió con las cercas. Cuando se

hubo cubierto hasta los árboles y se pensaba usar las rocas fue disminuyendo la llegada de telegramas hasta cesar totalmente.

Entonces acordaron organizar unos servicios fúnebres simbólicos en honor de Juan Marinero, como era conocido en todo el mundo. Se mandó traer de la capital un ataúd azul marino metálico que se colocó en medio de la sala, iniciándose los rezos. La madre, olvidando que el cuerpo de su hijo no estaba, a cada rato levantaba a tapa y se soltaba en llanto al verlo vacío; entonces el padre ordenó y supervisó que se metieran en el ataúd el sextante, la brújula, los frascos con agua de los siete mares, la estrella, el tiburón y todos los libros. El timón fue colocado encima, clavado a la tapa. Los oficios duraron siete días, y habrían durado más si no es porque, siendo tanta la gente que llegó, y aunque no hubo escasez de comida porque todos llevaban presentes en especie, otras existencias fueron agotadas prontamente, por lo que se vieron en la necesidad de arrancar los telegramas para darles un uso poco digno de ellos.

Al cabo de siete días el pueblo estaba limpio de telegramas, no así sus alrededores, y sólo el telegrama del Papa permaneció en su sitio, ya que la que lo haoía pegado se encargó de vigilar día y noche que nadie lo arrancara. A las siete de la mañana del séptimo día fueron arrancados los últimos telegramas; a las doce horas de es día no quedaba ningún extraño en el pueblo.

Por la tarde se llevó el ataúd al panteón y se enterró.

Después de unos días de sosiego comenzó un desfile interminable: llegaban turistas de todo el mundo para conocer el pueblo de Juan Marinero, y cuando preguntaban por el sitio desde el cual Juan Marinero veía el mar se llevaban una desilusión al escuchar que desde ahí era imposible ver el mar, que Juan Marinero no conoció el mar sino hasta que partió hacia el poniente.

Quienes no conocen la historia se sorprenden de que en un pueblo, tierra adentro, desde el cuál es imposible ver el mar, exista en la plaza la estatua de un marinero que sostiene en una mano una rueda de timón y señala con la otra al Poniente, y alrededor de la cuál juega una ronda de niños cantando:

Marinero que se fue a la mar y mar y mar para ver qué podía ver y ver y ver y lo único que pudo ver y ver y ver fue el fondo de la mar y mar y mar



## EL HOMBRE QUE NO TENIA CEREBRO

Hubo una vez un hombre, el abuelo de todos los hombres, que no tenía cerebro. Ese hombre creía que era feliz porque nunca se sentía triste, nunca lloraba ni contemplaba una hoja mojada por la lluvia.

Todos los días, antes de que asomara el sol, salía para su milpa y no regresaba sino hasta que el sol caía tras la montaña. Trabajaba para comer y comía para trabajar. Sus hijos no lo conocían; cuando se despertaban él ya no estaba, cuando él llegaba, sus hijos dormían. El abuelo de todos los hombres decía sin enojo ni alegría, muy seriamente: ¡Qué feliz soy!, y seguía trabajando, comiendo, caminando o durmiendo.

Pero ocurrió que su esposa, una noche que él dormía, le abrió el cráneo y metió dentro un frijolito, cerrando la abertura. Por la mañana el hombre se levantó con mucha sed, fue a la tinaja a beber agua. Se tomó un pote y siguió con ser; tomó otro y otro y otro más. Se acabó toda el agua de la tinaja.

No sé qué me pasa- le decía a su mujer, pero ella sólo contestaba con un pujido y seguía trajinando en el fogón.

No sé que me pasa que no se me quita la sed. Por más agua que bebo no se me quita la sed.

Sucedía que conforme el hombre bebía agua, ésta era absorbida por el frijolito que se iba hinchando más y más.

Entre más agua bebía más se hinchaba el frijol dentro de su cráneo.

Cuando se acabó el agua de la tinaja le dijo a su mujer:
- me voy al trabajo — y se puso el sombrero, se hechó el morral al hombro, se colgó el machete y el bush de la cintura y salió muy serio, diciendo que era feliz. Pero en cuanto dio tres pasos trastabilló, se le cayó el sombrero, se llevó las manos a la cabeza como si tuviese un gran dolor y se recargó en el tronco de un árbol. Su mujer lo observaba por entre las cañas del seto. El hombre regresó y tirando todas sus cosas al piso de la cocina dijo a u mujer: - No sé qué me pasa que me siento mareado; hoy no iré a trabajar, me acostaré para que se me pase el mareo -. Diciendo esto se metió a la cama y se durmió.

Al rato se despertaron sus hijos y quedaron asombrados al ver aquél extraño hombre que dormía a pierna suelta.

¡No vayan a despertar a su padre!- les dijo la mamá. Los niños se quedaron inquietos y callados, contemplando aquella cara de barro seco de aquél que decía su madre era su papá. Uno se atrevió a tocarle el bigote y todos saltaron con espanto del atrevimiento. Otro pasó sus deditos por el brazo. Una niña aplicó su carita contra el descomunal tórax y abriendo sus ojitos dijo: -¡está vivo!- y hubo otro movimiento general de repliegue. Se acercaron de nuevo y con mayor atrevimiento comenzaron a investigar de qué estaba hecho aquello.

El abuelo de todos los hombres sintió que algo le andaba debajo del pecho. Intrigado abrió los ojos; frente a él vio una carita sucia que le sonreía mostrando unos dientecillos de ratón. Qué animal será este, pensó, y trató de incorporarse. Un correteo de animaluchos ocurrió a su alrededor y vio como duendecillos ocultándose en los rincones, desde donde lo miraban con espanto en sus ojillos abiertos. Asomando la cabeza, su esposa le dijo: - Son tus hijos- y se fue a la cocina.

El abuelo de todos los hombres extendió los brazos y dijo: -ven, y tú también, y tú; vengan todos. Y los niños fueron saliendo poco a poco, temerosos. Acercándose al hombre cuyo rostro se desfiguraba con una mueca indefinida que luego, cuando tuvo a los niños sentados en sus rodillas y trepados en su espalda jalándole los bigotes, se transformó en una sonrisa inmensa que se confundió con los rayos del sol que entraban por las ranuras del seto y los cantos de los pajaritos que brincaban en la ventana. Los niños llevaron jalando y empujando al padre hasta la cocina, en donde la madre se enjuagaba las lágrimas con su delantal y ocultaba el rostro para que no la vieran reír.

Sentándose todos a la mesa, la madre sirvió un puchero caliente que comieron con cucharas de peltre y tortillas de maíz nuevo. Después el padre se llevó a todos a enseñarles a construir barquitos con pedazos de madera y luego dejarlos ir en la corriente del arroyo entre los vivas y adioses de los chiquillos que brincaban en la orilla.

Esa noche los chiquillos se durmieron alrededor del padre que, mirando las estrellas por entre las cañas del seto, les dijo:

Hubo una vez, en un país lejano...

Las cabecitas se acomodaron, cerrando sus ojitos, viendo bellas y lejanas tierras.



# Ш

# HISTORIAS DEL PRINCIPIO

### LOS CUENTOS DE LA VIEJA CHILA

El recuerdo que me queda de la vieja Chila es ya casi falso, como el de esas películas que le cuentan a uno y con el paso de los años termina creyendo que ya la vio. Siguen en mí vivos los recuerdos de ese reuerdo, las veces que me he visto recordando aquel recuerdo de la vieja Chila planchando la ropa de la casa, con la planchita metálica con el mango forrado de trapos y calentaba en las brazas del fogón. veces, a este recuerdo, se sobrepone el detalle de una plancha eléctrica, pero termino apartándolo porque el calor de la llama de una vela entibiaba las ya de por sí calurosas tardes, que pasaba reclinado con los codos sobre la mesa, donde ella planchaba pieza tras pieza mientras me relataba sus maravillosos cuentos. Es seguro que el detalle de la plancha eléctrica pertenece a recuerdos de tiempos más recientes, cuando Elena, ahijada de mi mamá, planchaba la ropa con un artefacto moderno, mientras yo me divertía con sus cuentos y chistes, acodado sobre la mesa.

De Elena ni sombra de dudas de que existió; las razones sobran para afirmar eso, y no las voy a traer aquí; bastaría con decir que sé donde vive actualmente. Pero el asunto de la vieja Chila no es tan claro. No podría afirmar si estuvo un año o una semana en mi casa, si fue ella y no Elena quién me narró todas esas historias que después, con el paso del tiempo, descubrí sus distintas fuentes: La Biblia, Las mil y una noches, El tesoro de los nibelungos, etc.

¿Cómo llegaron a la cabeza de aquella vieja analfabeta todas esas historias? Ese es uno de los misterios que envuelven la figura de la vieja Chila. Más que recuerdos siento tener de ella algunas suposiciones en las que adivino una vida de servidumbre bajo las órdenes de un viejo cura, párroco de alguna población de Chiapas. Tal vez el cura fuese maestro de literatura universal en la secundaria, y la vieja Chila escuchaba desde el lavadero las lecciones a través de la ventana. El viejo cura debió morir algún día, y los cambios, que todo lo modernizan, la dejaron sin el sustento y la protección que él le proporcionaba. Así comenzaría su éxodo, lavando y planchando y narrando historias, que le llevaría a pasar, no sé cuanto tiempo por mi casa y para siempre en mi recuerdo.

Creo que mi confusión de la vieja Chila con Elena, que entonces era una muchacha, tiene un motivo. Chila, cuando escuchaba las cosas que el cura contaba a sus alumnos mientras ella lavaba en el patio, era una muchacha; así que cuando yo escuchaba sus historias, mientras ella acompasaba el ritmo de la planchada al de sus recuerdos, yo veía en ella la imagen de aquella muchacha en cuya mente se grabaron las sabias palabras del viejo párroco. Yo veía pues, en el alma de la vieja Chila, el recuerdo de la muchacha que recibiera fresco ese otro recuerdo.

Elena era una muchacha tan limpia e inocente como la vieja Chila, pero no analfabeta. Ella estudió la primaria y un curso de corte y confección.

A veces pienso que la vieja Chila nunca me contó esas historias que le atribuyo, y sólo su imagen, si es que acaso alguna vez estuvo en mi casa, las pláticas y cuentos que me hacía Elena y algunas lecturas tempranas, todo eso revuelto

en mis recuerdos... Mi abuela materna, Mamá Pancha, me contó algunas historias, como la de aquel –no recuerdo si fue mi abuelo o un tío- que se amputó él mismo el brazo izquierdo cuando un zorro se lo mordió al meterlo en su madriguera. Pensó que se trataba de una víbora. O la de aquel compadre que se fue a despedir de mi abuelo a la cuatro de la madrugada, y mi abuela le contestó a través del seto que mi abuelo no estaba allí, que se encontraba en la montaña. El compadre le pidió entonces que le hiciera el favor de despedirlo porque se tenía que ir. Cuando mi abuelo regresó de la chiclería y mi abuela le dio el recado, éste contestó que su compadre había muerto allá en el mismo día y a la misma hora en que decía ella lo había oído.

Sí, la viejita Pancha me contó algunas historias, pero no era cosa fácil en ella, porque por cada historia que se atrevía a contar, habían alrededor tres o cuatro que le dolían. Casi todo el manojo de recuerdos de la viejita Pancha era puro dolor; dolor conservado por el orgullo primitivo que llenaba el alma de mi abuela. Por eso nunca me contó su vida, o historias de su infancia o su juventud, que son dos cosas diferentes. Quien cuenta su vida quiere dejar bien sentado, con pelos y señales, quién fue él, qué hizo; en cambio, al que cuenta anécdotas no le importan las especificaciones sino los pormenores u algún detalle en sí. La viejita Pancha por puro orgullo nunca me contó su historia.

En contraste la viejita Chila no albergaba ninguna presunción de quedar en la memoria de quienes la escuchaban; nada era más ajeno a su alma. Ella sólo pretendía, en cada narración, revivir la voz del viejo cura, lo que le hacía vivir en su interior su ya pasada juventud.

Se fue la vieja Chila que, como ya dije, no sé si estuvo un año o siete días en mi casa. Se fue pero aún perdura en mí el recuerdo de su voz, y cuando leo sus historias en los libros que hoy compro, vuelvo a ser aquel niño que embelezado escuchaba sus fantásticas narraciones.



### **EL VIAJERO**

Hablar con los perros no es en realidad difícil. Ellos emiten sonidos de baja frecuencia, que nosotros no percibimos, manteniendo el hocico imperceptiblemente abierto. Por eso es que nadie los ha sorprendido en amena charla.

A mí me enseñó (hará cosa de treinta años) un anciano y sabio perro que regresaba a su tierra a morir. En ese
entonces me encontraba en Tenosique; fui allá sólo por nostalgia. Después de vivir tres años en la ciudad de Mérida a
expensas de mi hermano José, decidí viajar a la ciudad de
México a probar suerte. Comprendía entonces que aquello
significaba el posible alejamiento definitivo de estas tierras
del Sureste, que podrían pasar muchos años antes de que yo
regresara por acá, y que quizá nunca regresaría.

Desconsolado por estas ideas decidí pasar por Tenosique, lugar donde crecí. Quise cumplir el rito de la despedida, y así llegué allí en tren por la madrugada, cargando mis cuadros y libros que dejé encargados en casa de un amigo y salí a recorrer el pueblo. Pasé el día yendo y viniendo de un lugar a otro, contemplando las aguas del Usumacinta donde mojé mis mejores años.

Llegó la noche. Yo saldría al día siguiente, y lo que menos quería era irme a dormir a casa de mi abuela. Cuando los últimos amigos se retiraron a sus casas, yo me fui a la esquina del doctor González, donde solíamos pasar las noches contando cuentos de aparecidos de aquel folclor que contenía al Ixtabay, la Llorona, Los duendes y otros seres del más

allá que poblaban nuestra imaginación.

Recordando todo aquello me senté en la banqueta; recordando los miedos y las risas que los más grandes provocaban en los menores. Casi estaba a punto de soltar dos lágrimas que a duras penas contenían mis ojos; abrí la boca para respirar y aliviar el dolor que me provocaban los recuerdos apretujados en mi garganta, cuando apareció él.

Era un famélico y triste perro que caminaba con las orejas gachas y el rabo caído. Nuestras miradas se cruzaron un instante y la inteligencia que vi en la suya despertó en mí el terror instintivo de las especies. Debí tomar una actitud agresiva porque él también retrocedió rizando los pelos del lomo y mostrando con resolución medida sus colmillos.

Me avergoncé de aquello. Yo, un ser humano en plena conflagración bestial con un bruto. Mire a mi alrededor con el temor de encontrarme con la mirada de alguien que hubiese visto aquello. No había nadie; las calles estaban Miré mi reloj, era la una de la madrugada. desiertas. Aliviado bajé la cabeza y este gesto debió tranquilizar al perro que se sentó sobre sus cuartos traseros, cesando con la lengua de fuera, como si nada hubiese pasado. Hizo el intento de volver a tomar su camino y nuestras miradas se cruzaron otra vez. El se sentó de nuevo y permanecimos un buen rato mirándonos. Repentinamente el perro se irguió para continuar su macha, y fue entonces cuando yo articulé lo que podría llamarse mi primera palabra perruna, emitiendo un sonido como el om esotérico, pero de una frecuencia mayor que la usual. Fue algo así como nuestro ¡hey!, o debió serlo, porque el perro regresó a su posición, miró a todos lados y me contestó con un:

-¡Hola!, ¿Qué tal?

Yo no supe si darme por enterado o hacer como que no había entendido, pero el viejo perro me sostuvo la mirada. Al rato ya estabamos platicando como dos viejos amigos. Yo le platiqué cuál era mi situación y qué hacía allí, y él me contó que era de allá abajo, y señaló hacia el Sur. Supuse que se refería a algún país de Centroamérica. Me contó que desde muy joven le gustaron las aventuras, por lo que un día abandonó su lugar y a sus familiares y salió rumbo arriba, y señaló al Norte.

-Llegué muy lejos, me dijo mirando hacia el Norte. Llegué hasta donde la tierra se vuelve hielo cada año. Es muy duro sobrevivir allí, pero yo era joven y fuerte. Cuando sentí que las fuerzas comenzaron a faltarme emprendí el regreso. Quiero morir entre los míos.

Platicando platicando nos agarraron las primeras claridades del día. Serían cosa de las cuatro y media cuando pasó el primer madrugador. Guardamos silencio. El hombre pasó y dijo buenos días; yo le contesté el saludo, tratando de ver su rostro en el que me parecía adivinar una sonrisa burlona. Cuando el hombre se perdió calle abajo, volteé a ver al perro. Este me observaba en silencio, sonriendo resignadamente. Comprendí que lo había ofendido y quise disculparme pero él me dijo: no te preocupes, a mi edad ya nada me sorprende; he conocido infinidad de hombres y perros, y no hay ninguna diferencia entre ambos.

El viejo y sabio animal se puso de pie lentamente y

estiró sus entumidos músculos. Antes de iniciar su viaje rumbo al Sur se despidió.

-Que Dios te acompañe- me dijo, y se fue con un trote suave y lento. Yo partí ese día a las diez de la mañana.

Por las noches, cuando contemplo el ciclo estrellado, me viene la imagen del viejo perro llegando a un rancho entre la selva centroamericana. Se detiene a prudente distancia cuando los perros del lugar salen. El se sienta para demostrar que no busca pelea, agacha la cabeza; los otros lo huelen, y al fin alguien los reconoce.

-¡Pero si es Guacho! Es Guacho, el primo que se fue hace años.

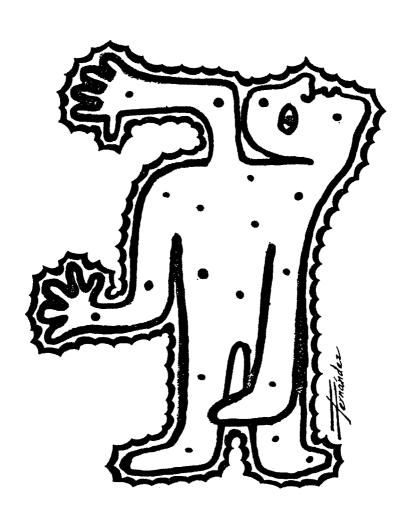
-¡Regresó Guacho!- gritan todos los perros viejos, y los jóvenes se le acercan fascinados por tener frente a ellos al que creían una leyenda de sus mayores.

Al bullicio de los perros, los hombres y las mujeres salen, y la más vieja dice:

-¡Jesús!, pero si es el Pinto, el perro loco de Simón, el que se perdió hace años. ¡Simón, sal a ver al Pinto que ha regresado!

Por el marco de la puerta aparece un anciano tembloroso. Es el viejo Simón que contempla por un rato al recién llegado, hasta que una sonrisa alegra su rostro al reconocer a su antiguo compañero. Con su voz de cascarita lo llama: -¡Pinto, Pinto!

El perro baila meneando el rabo. También él ha reconocido al viejo. Por el rostro de los dos ancianos corren pequeñas lágrimas. Una mujer gorda y descalza sale con un plato de leche y lo pone frente al Pinto. Este la bebe despacio; cuando termina va y se echa bajo el catre donde el viejo Simón se ha dormido.



#### HISTORIAS DEL PRINCIPIO

De las historias que aquí se refieren no quedan registros en las antiguas lenguas en que fueron escritas, por haberse perdido los libros. Estos se encontraban en mal estado ya que fueron guardados por mucho tiempo en lugares no propios ni con el cuidado necesario en estos casos para evitar que el material se dañe.

Es el caso que siendo yo juez del registro civil del municipio, tuve ocasión de viajar por diversas rancherías para efectuar matrimonios entre gente principal de esos lugares, que tenía para pagar los servicios y el traslado de mi persona y acompañantes.

Ocurrió que en una de esas rancherías, una vez efectuada la ceremonia, y durante la fiesta, el dueño del rancho, que era el suegro del novio, me habló de esto que entonces no entendí, y como así lo viera él, me llevó adentro de la casa para mostrarme unas viejísimas y frágiles tiras de corteza de árbol que se hallaban plegadas y envueltas en una tela en igual estado desastroso.

Todo esto lo sacó de un ruinoso arcón azul donde guardaba ropas y cuadros antiguos, así como una esfera de fierro oxidada, que según me dijo era una bala de las que disparaban los cañones de las barcos piratas que remontaban el río para saquear los poblados.

La tela que envolvía las tiras se deshizo al desdoblarla, lo mismo que las tiras que se quebraron por los dobleces al abrirlas. Don Antenor, que así se llamaba este hombre, me explicó que desde que su padre las guardo allí, cuando él tenía trece años, nunca habían sido sacadas, pero que hoy, siendo yo, según me dijo, "persona tan importante y conocedora de las letras", y estando él tan próximo, a sus ochenta y dos años (que por su javialidad y buen humor no lo parecía), de "la flaca que ya le echa el lazo", ponía en mis manos estas cosas para que se aprovecharan si algún valor tenían.

Yo revisé la primera lámina y viendo que en aquellos dibujos que ésta contenía no hallaba ninguna razón así se lo hice ver, pero el me respondió que conocía lo que en ellos había, ya que su padre se los platicaba en cuanta ocasión hallaba, y que los tenía aprendidos de memoria y me los diría, siendo de esa manera más fácil entender que decían las tiras.

Don Antenor hizo envolver las tiras en papel y colocarlas entre mis pertenencias; luego me conminó a salir al patio para narrarme lo que para él era tan importante. Como ni él ni yo tomábamos alcohol (aunque lo hicimos en nuestra juventud) nos sentamos bajo un mango, apartados de las mesas donde comían los invitados, y disfrutando una jícara de pozol escuché las extrañas narraciones de don Antenor. Habló desde las once de la mañana (la boda se celebró a las nueve) hasta las tres que se retiró a descansar, rogándome que pospusiera mi regreso para el día siguiente, hasta que terminara de contarme el resto de las historias. Como en esa ocasión sólo me acompañaban mi hijo Luis, de diez años, y Ramón, un muchacho de diecisiete que hacía las veces de

secretario, accedí. A las seis y media los invitados comenzaron a retirarse. Nos sirvieron de cenar a las ocho a la luz de un quinqué y nos acostamos en cómodas hamacas. No sé a qué horas me dormí, pero estuve escuchando largo rato los ruidos de la noche, pensando en lo que me había contado Don Antenor.

A las cinco de la mañana todos estábamos de pie. Nos sirvieron café caliente y tortillas hechas a mano untadas de manteca y sal. Don Antenor aprovechó el puntal para reanudar su plática. Estuvimos sentados en la cocina hasta las siete de la mañana, oyéndolo; luego nos invitó a caminar por el solar donde continuó su plática bajo los mangos y las naranjas.

Pasada una hora nos llamaron a gritos para el desayuno, que consistió en mojarras fritas, arroz, frijol, tortillas, café para los mayores y pinol para los niños. Al terminar, don Antenor hizo colgar dos hamacas bajo los naranjales, me ofreció una y él tomó la otra. Así continuó su plática.

El sol picaba en lo alto cuando el ranchero terminó de hablar. Sus últimas palabras se le quebraron en la garganta, después se paró dijo con voz tristísima: Es todo don José.

Yo lo miré y me sorprendió su aspecto. Ya no era el hombre robusto que apenas unas horas se había acostado en la hamaca. Estaba envejecido, como si al contar sus historias hubiese también agotado la energía de su cuerpo. Ahora parecía un hombre de noventa y nueve años, tenía la cabeza baja y los hombros caídos.

Un niño de unos seis años, descalzo y sin camisa, salió corriendo de la casa, gritando alegremente: ¡Abuelito! ¡Abuelito!

Don Antenor le tendió la mano y arrastrando los pies siguió al nieto que tiraba de él rumbo a la casa. Esa fue la última vez que lo vi. A los pocos minutos me vinieron a avisar que ya estaba lista la lancha para trasladarnos a la cabecera municipal. Mis cosas ya estaban en la lancha. Mi hijo Luis y Ramón me ayudaron a bajar el barranco. Desde la lancha, yo miraba a lo alto del barranco, esperando ver a don Antenor. Por momentos pensaba que iba a aparecer para pedirme el paquete, pero después, mirando mi maleta me preguntaba si acaso no le habría hecho sacar, y entonces aparecería paquete en mano para ofrecérmelo otra vez.

El lanchero arrancó el motor y nos alejamos de la orilla. Con la distancia pude ver la casa y a la gente del rancho diciéndonos adiós. Ramón y Luis contestaron los saludos hasta que, al doblar un recodo, dejamos de ver el rancho.

Las dos horas que duró el viaje mantuve la vista en la orilla izquierda del río, dominando mi inquietud por revisar la maleta y ver si estaba el paquete.

Cuando llegamos al paso principal nos despedimos del lanchero y los tres atravesamos la ciudad. Ramón nos acompañó hasta la casa y se despidió. Mi hijo Luis se fue, por orden de su madre, directo al baño, y yo, solo en el cuarto, abrí la maleta. El paquete estaba allí, lo tomé y tal como estaba lo guardé en el estante.

Como a don Atenor, nunca más volví a ver aquel documento que con tan buena voluntad me obsequiara ese buen hombre, de quien supe que falleció tres meses después de la boda.

Mis ocupaciones como juez en el municipio y como maestro de historia en la secundaria me distrajeron del regalo de don Antenor, y ocurrió que al año de tenerlo fuimos víctimas de un robo. Yo guardaba aquello que consideraba de mayor importancia en el estante, por lo que, entre otras cosas tenía un pequeño cofre con cincuenta centenarios. Por ese entonces entró a trabajar en la casa una muchacha que resultó tener malas costumbres. Ella se enteró de la existencia de los centenarios y una noche, con alguna compañía, entró en la casa. Desapareció el cofre, el paquete, algunos álbumes de fotos y ropa que tomaron del ropero.

A la mañana siguiente, tras dar a conocer a los vecinos el robo que habíamos sufrido, nos informaron que en un arrollo de las afueras flotaban algunas ropas. Fuimos a ver y reconocimos que eran nuestras. Encontré también el papel con que se envolvieron las tiras y algunos fragmentos de ellas, pero nada más.

No hubo manera de que la muchacha explicará lo que había pasado con las tiras. No sabía de qué se le hablaba. Así pues, no tuve ocasión de ver si podía confirmar en las tiras lo que Don Antenor me contó. Es por eso que, confiando en mi memoria, doy aquí lo que creo recordar, cuando han pasado los años sin que sintiese yo el deseo de escribir sobre estas historias, que don Antenor llamó "Del Principio", y hoy

que veo que también a mí "me está lanzando el lazo la flaca" pienso en él y me da tristeza que se pierda lo que con tanta paciencia guardó y puso en mis manos. Por eso es que ahora, contrario a mi natural inclinación de no escribir nada porque, como ya lo he dicho muchas veces, todo está escrito ya, hoy aprovecho las escasas fuerzas que me quedan y la no menos poca memoria para tratar de reproducir lo que me fue narrado en su tiempo.

Don Antenor me señaló varias veces que la historia se llamaba "Del Principio". Hubo un tiempo, me dijo, cuando nuestros primeros ancestros, en que hombres y animales vivían como iguales. Lo hombres corrían y cazaban como los demás animales y eran cazados y comidos también.

Los dioses veían esto con agrado porque para ellos todas las criaturas eran iguales. No tenían preferencia sobre ninguna de ellas.

Así vivían todas las criaturas bajo la mirada de los dioses, hasta que un día, juntándose todos los dioses concertaron llamar a todas las criaturas y convocarlas a ver cuál de ellas podía proferir alabanzas a ellos, pronunciar sus nombres y ofrecerles sacrificios.

Los animales se dispusieron a rendirles homenaje a los dioses. Los ratones comenzaron a juntar granos para presentar tributo y con ellos se dirigieron hacia los dioses, pero como era tanta el hambre que tenían que se los fueron comiendo, y al llegar ya no tenían nada. Se miraron unos a otros y comenzaron a gritarse con chillidos desaforados. Al

ver esto, los dioses les dijeron: Desde hoy, granos será su comida y chillarán.

Los ratones se escaparon avergonzados, huyendo por todas partes. Es por eso que los ratones se esconden y no se dejan ver.

Al ver lo que había pasado con los ratones, algunos animales como el armadillo, la tuza y otros se escondieron bajo la tierra. Los dioses les dijeron: Allí vivireis desde ahora.

Después se presentaron el conejo y el coyote al mismo tiempo, y cada uno quería ser el primero en alabar a los dioses. El coyote iba adelante, pero el conejo lo pasó de un brinco, y así se andaban hasta que, molesto, el coyote le arrancó el rabo de una tarascada al conejo y comenzó a perseguirlo. Los dioses dijeron: Así será. Tú, coyote, comerás al conejo que tendrá el rabo corto. Y coyote y conejo se internaron en el monte a toda carrera.

El tapir y el lagarto se peleaban un fruto que, habiéndolo encontrado el primero lo llevaba en la boca y, el lagarto, queriéndoselo quitar, le atrapó con sus diente boca y fruto.

Ambos jalaban con todas sus fuerzas. Ora uno arrastraba al otro, y luego al revés. Era tanta la fuerza con que jalaban que sus bocas comenzaron a estirarse. En esos esfuerzos iban de aquí para allá hasta que el lagarto cayó en un charco y allí se afianzó de las raíces del fondo sin quererse soltar.

Los dioses dijeron: Así sea. Sus trompas y hocicos serán largos. El tapir comerá frutos y hierbas, y el lagarto carne y vivirá en los charcos y arroyos.

Y llegaban unos tras otros, haciendo desfiguros, lo que molestaba a los dioses que decían: No hay ninguna criatura que sepa alabarnos, ninguna merece nuestros favores.

Sólo quedaban los monos, los cerdos y los hombres. Cada vez que alguien decidía llevarle algo a los dioses, otro pretendía quitárselo y se enfrascaban en pleitos que molestaban a los dioses.

Los hombres, viendo que no podían llevar nada que fuese visto por los demás, se fueron al arroyo y buscaron en el fondo las piedras más hermosas y relucientes y se las metieron en la boca. Después se fueron a presentar a los dioses.

Los monos y los cerdos se afanaron por ver qué era lo que los hombres llevaban, pero éstos pasaron tranquilos, sin nada en las manos, se postraron frente a los dioses y escupieron en sus propias manos las piedrecillas del arroyo, ofreciéndoselas a los dioses.

Los monos y los cerdos, al ver aquello, se llenaron de coraje. Los primeros comenzaron a brincar haciendo morisquetas y chillando, y los cerdos se tiraron al lodo, chapoteado y gruñendo, tratando de salpicar a los hombres.

Los dioses, al ver esto dijeron: Así sea. Que el mono

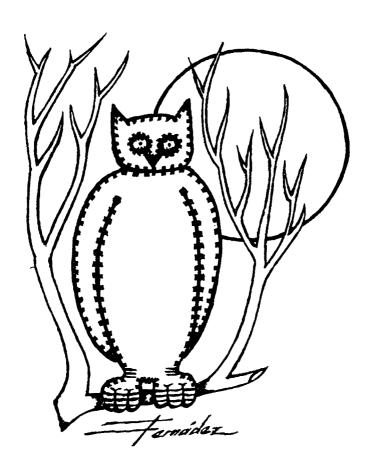
actué así, haciendo morisquetas, y se pase la vida brincando entre los árboles. Que el cerdo viva y se revuelque entre el lodo y su voz sea de gruñidos. Y tú, hombre, que tu voz sea hermosa y limpia como estas piedrecillas que nos ofreces, y que tus manos que las sostienen sean diestras y trabajen la piedra y el barro, la madera y los metales. Tú dominarás sobre las bestias y nos alabarás, y por tu voz será eterno nuestro nombre.

Los dioses regalaron el fuego a los hombres para que dominaran sobre las demás criaturas.

Esto es todo cuanto don Antenor me contó el día de la boda. De lo que me dijo al otro día no está claro en mi memoria por tratarse de un asunto un tanto diferente de lo que aquí he narrado. Pero, según me dijo él mismo, mi hijo Luis se acuerda muy bien. La primera parte él no la escuchó por andar jugando con los niños del rancho, pero a la mañana siguiente, al escuchar durante el desayuno la plática de don Antenor, se interesó tanto que ya no se separó de nosotros hasta que terminó el relato.

Después de escribir lo anterior se lo leí y él me preguntó por qué no escribía la otra parte, y yo le dije que no la recordaba muy bien, que incluso me había dormido un rato en la hamaca bajo los naranjales. Entonces él me contó la historia que nos había narrado el ranchero y yo francamente sólo reconocí algunos pasajes.

Hemos quedado de acuerdo que entre los dos escribiremos esa historia, cuando me reponga de este agotamiento que me tiene postrado.



# LA LEYENDA DE LOS COJÓS

En los primeros días de la formación del mundo, los hombres de madera, los cojós, creados por los dioses para poblar la tierra, se resistían a morir y huyeron a lo más intrincado de la selva. Pero los Grandes Señores de las Plumas del Quetzal, que eran cinco, se reunieron para encontrar la forma de destruir a los cojós, pues estaban descontentos de su obra.

Para ello decidieron llamar al tigre, a Balam, y le dijeron: "Tú Balam, descenderás a la tierra a destruir a los hombres de madera. Entrarás en la selva, en las cañadas, en los llanos, en todas partes donde ellos habiten y les darás muerte".

Con esta orden, Balam descendió a la tierra e hizo que le acompañaran siete hermanos suyos, y todos juntos y por separados se dieron a la tarea de exterminar a los hombres de madera, los cojós.

Día y noche se luchó encarnizadamente; en las barrancas, en los árboles. De los dos bandos caían contendientes.

Desesperados los hombres de madera se juntaron y conferenciaron sobre la forma de ganar la guerra. De ahí resolvieron hacer un tamborcillo mágico y un pito, para que con su música vencieran a los Balam, a los tigres.

Con gran actividad y energía llevaron mano a la obra

sacrificaron a un joven guerrero, para utilizar la madera de su cuerpo y hacer con ella la caja del tambor. Luego mataron un venado y quitándole la piel la restiraron en un bastidor y la pusieron a secar al sol. Cuando estuvo hecho el tambor y también el pito, que hicieron de carrizo y cera, los ofrecieron al dios Pochó, señor del bien y del mal, el que crea y destruye, el que da y quita, y danzaron al son de los instrumentos y le cantaron así a la deidad: "Oh, Tú, tú, que eres repartidor de la vida y de la muerte no nos dejes solos en estos terribles momentos; ayúdanos y seremos un pueblo de ti en el nacimiento y para ti en la muerte".

Esto oía el dios Pochó, el de la mitad blanca y la mitad negra, que cantaban para él los afligidos hombres de madera, y compadeciéndose de ellos bajó una forma de lechuza, y llegando hasta donde estaban se posó en una rama.

Al verlo, los hombres de madera detuvieron sus pasos, callaron el tambor y el pito y todos se postraron hincando la frente en el suelo. Después el Ahua de los hombres de madera levantó el torso y dijo así: "Gran Madre y Padre, Principio y Fin de todas las cosas, estamos aquí implorándote de todo corazón no niegues tu ayuda a estos tus hijos, de quienes eres respeto y amor".

El gran dios Pochó, después de oírlo, habló a través del pico de la lechuza en esta forma: "Hombres de madera, esperen siete días y siete noches ocultos, y al séptimo, que hará luna llena, salid a luchar acompañados del tambor y el pito, y por ningún motivo dejen de tocarlos durante la lucha".

Y diciendo esto, con voz atronadora, remontó vuelo la lechuza, llevándose el espíritu del dios Pochó.

Siete días y siete noches permanecieron los cojós ocultos en la selva, al término de los cuales salieron con gran alboroto del tambor y el pito, y gritos de burla a los Balam y a los dioses creadores. Con la luna sobre el horizonte de señal, el dios Pochó les decía que no temieran, que él, en cuerpo de lechuza, vigilaría desde la obscuridad con sus potentes ojos.

Los cojós salieron haciendo ruido, buscando a los tigres, y éstos, encantados por la música de los instrumentos, salieron de la espesura bailando dócilmente. Los cojós no mataron pronto a los tigres, sino que decidieron jugar un rato con ellos, para lo cual dos cojós tomaron una liana y con ella hacían caer a los tigres, con gran risa de sus compañeros y cuando los tigres estuvieron por tierra, cansados los cojós de jugar, decidieron darles muerte. Para ello sacaron largas cerbatanas que apuntaron a los tigres. En eso se distrajeron los músicos, que tenían la orden de no dejar de tocar los instrumentos hasta que muriera el último tigre sobre la tierra, y sin que hubiere quien los ejecutara, el pito y el tambor dejaron salir una extraña melodía que hizo sugerir a las pochoveras, las doncellas de las flores, que rodeaban a los tigres y con grandes lienzos rojos les cubrían de los disparos de los cojós.

Con la protección de las pochoveras, los tigres recuperaron sus fuerzas, y libres del encanto de la música atacaron a los cojós, y reuniéndolos en un claro llamaron a los Señores de las Plumas del Quetzal para que dispusieran de ellos. Los señores transformaron a los cojós en árboles, y como eran muchos los hombres de madera la tierra quedó cubierta de grandes y frondosos árboles.

Pero en la lucha, que no fue suave ni corta, murieron muchos cojós y muchos tigres. Un tigre que perseguía a unos hombres de madera fue muerto al cruzar un arroyo y sus compañeros al ver aquello temieron desde entonces el agua.

En su desesperada huida los cojós se metían entre las grietas de los cerros, así que cuando fueron convertidos en árboles sus cuerpos quedaron apretados entre las piedras.

Con la muerte de los hombres de madera, los Grandes Señores de las plumas del quetzal se dieron a la tarea de crear otros hombres, y esta vez los hicieron de pulpa de maíz.

Cuando los nuevos hombres bajaron a la tierra se encontraron con que estaba habitada por los tigres que se habían quedado a vivir con ella, por lo que se desató una nueva lucha.
Pero los hombres de maíz eran más ligeros que los hombres
de madera, además de que los Grandes Señores de las
Plumas del Quetzal hicieron fermentar maíz nuevo en sus
cabezas, por lo que eran más inteligentes que los hombres de
madera. Los tigres fueron vencidos por sus nuevos y para
siempre enemigos, y tuvieron que dejar los llanos y los valles
y huir a las altas montañas.

Los hombres de maíz nuevo vivían felices, pero el dios Pochó los observaba rencoroso porque los hombres de madera le desobedecieron, y su enojo creía al ver que aquellos hombres, más ágiles y más finos de movimiento que los de madera, no se referían a él en sus oraciones. Ofendido por esto, el dios bajó un día que salieron los hombres a cazar, y contó a los niños y a las mujeres la historia de los hombres de madera y su lucha con los tigres, y les dijo además que era deseo de los dioses que los nuevos hombres recordaran esa lucha en una fiesta anual, y que danzaran y vistieran según habían ocurrido los hechos.

Cuando llegaron los hombres de la cacería, las mujeres y los niños les contaron cuanto les dijo el dios Pochó, y lo que les había encomendado hacer, siendo ello deseo de los dioses. Los hombres no quisieron obrar sin antes haber consultado a los cinco Señores, a quienes comunicaban todos sus actos. Así lo hicieron, y aquellos, oyendo sus razones, vieron en ellas una trampa del irritado dios Ponchó, y les dijeron así: "Hagan la fiesta anualmente, y dancen y vistan según como ocurrieron los hechos. Pero los que vistan de cojó, de hombre de madera, no deberán divertirse, ni dejar de danzar mientras dure la fiesta, así tampoco los que toquen los instrumentos dejaran de hacerlo. Todos aquellos que participen en la fiesta no probarán bebidas frías, y al final recogerán sus pasos, andando por los lugares recorridos durante el tiempo en que se haya danzado".

Así dijeron los Señores a los hombres de maíz, y así hicieron ellos. Todos los años el dios Ponchó cobra víctimas entre quienes desobedecen las reglas dichas por los Señores de las Plumas del Quetzal a los primeros hombres de maíz.

La edición estuvo al cuidado del autor. La presente obra se terminó de imprimir en agosto de 1999 en los talleres de Grupo Corporativo GOHE, S.A. de C.V., Av. Ruiz Cortines No. 1208. Esta edición consta de 1000 ejemplares.

# Colección Literaria

# Letra L

Lo Colección "Letra Ele" es la realización de un proyecto ganador que presentó la Sociedad de Escritores "Letras y Voces de Tabasco" A.C., al concurso de coediciones convocado por el fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tabasco en 1998, institución que junto con la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, financiaron de manera generosa este proyecto

## Títulos de la Serie:

Consumutum Est María Eugenia Torres Arias

> Necrofilia Rodolfo Uribe Iniesta

Semilla a punto de vuelo Mario De Lille

Más allá de los sueños Vicky de Genie

Historias del Principio Luis Alonso Fernández Suárez

Escolofriantes Francisco José Hernández Giorgana

Puros mentiros y algo más Gonzalo J. González Calzada

Un día con el Diablo Rafael Jesús Suárez Rosas

Sociedad de Escritores Tabasqueños



#### Historias del Principio

Este libro está formado por tres capítulos, cada capítulo constituye un libro diferente, tanto por la temática de cada cuento como por el tratamiento de los mismos.

En el primer capítulo (La triste historia de una cuartilla y su destino irredento), los cuentos se enmarcan en una visión amarga y desilusionada de la vida; visión suavizada por el humor que encierra la ironía. Así, en "Pobre Zerb", donde la ley de la vida es conformada por un repentino chancletazo; en "Cuarto para las ocho", donde los continuos disparos en una biblioteca pública están bien siempre y cuando ocurran alrededor de las ocho de la noche. "La venta", donde se demuestra el verdadero valor de la verdad, "El gigante" y "El duelo", dos recreaciones de mitos eternos; griego uno, hebreo el otro; y la historia que le da nombre al capítulo, donde el autor toca la altura de los clásicos humoristas. Quizás quedan un poco aparte "El jinete", "El iniciado" y "la espuma", el primero es un texto de corte surrealista donde las imágenes logradas lo acercan al texto poético; el segundo, "El iniciado", es un cuento que nos recuerda las historias de Lopsang Rampa, pero con un efecto final totalmente diferente de los buscados por el autor de "El tercer ojo", y que justifica su inclusión en este capítulo. El cuento "La espuma" es el más cruento y el que aborda con mayor seriedad los grandes temas de la literatura; el amor, la muerte, Dios, etc.

El segundo capítulo: "El hombre que no tenía cerebro", esta constituido por cuatro cuentos que caben dentro de lo que se llama literatura para niños, que no es precisamente para que la lean los niños -sin que esté penado el que alguno lo hagasino (como lo demostró el autor de "El principito") para que algunos adultos recuerden cómo puede verse -cómo se ve- el mundo cuando se es niño. "El enelufante" es un pequeño relato que se deshace en la boca como un mazapán, y en el cual el autor logra la perfección de la síntesis y la lógica del pensamiento infantil. "Un día de clases" es una de esas historias de las que deberían ocurrirle una vez en la vida a uno, y que a veces ocurren -aunque no todos se dan cuenta- y entonces es cuando se ve la magia que impregna al mundo.

Juan Marinero, la tercera historia de este segundo capítulo es un texto creado a partir de una conocida ronda infantil, y en el que el autor crea tres estrofas más que explican la historia y la estrofa original. Y la última de estas historias: "El hombre que no tenía cerebro", que da nombre al capítulo, muestra una línea dentro de la cuentística latinoamericana, y de la que se aparta por la ausencia del realismo crudo en favor de un suave tono que recuerda las charlas bajo la luz de los quinqués en aquel México provinciano de antaño.

En el capítulo tercero, mismo que da nombre al libro: "Historias del principio", nos encontramos "Los cuentos de la vieja Chila", donde los recuerdos y las suposiciones del personaje se integran en una realidad histórica que acaso sea más consistente que la historia reconocida oficialmente, y en la que se pretende tener todos los hilos del pasado. "El viajero" es otra historia de las que se nos antojan necesarias de ocurrir, y que comparte con la anterior las brumas del recuerdo y el deseo. En "Historias del principio", Luis Alonso nos da un texto que -aunque él afirma que es totalmente literario- nos plantea una visión de los mitos fundamentales en que se han expresado los primeros hombres: y aún más extraño resulta el último cuento de este capítulo: "La leyenda de los cojós", en el que se distingue claramente la influencia del "Popol Vuh".

He leído los cuentos y sé que serán recibidos con beneplácito por los lectores, quienes tienen tres libros en uno para escoger el que mejor les parezca.

Gorbar Dubón Palenque, Chiapas, 1998



FECAT
Fondo Estatal para la Cultura
y las Artes de Tabasco

